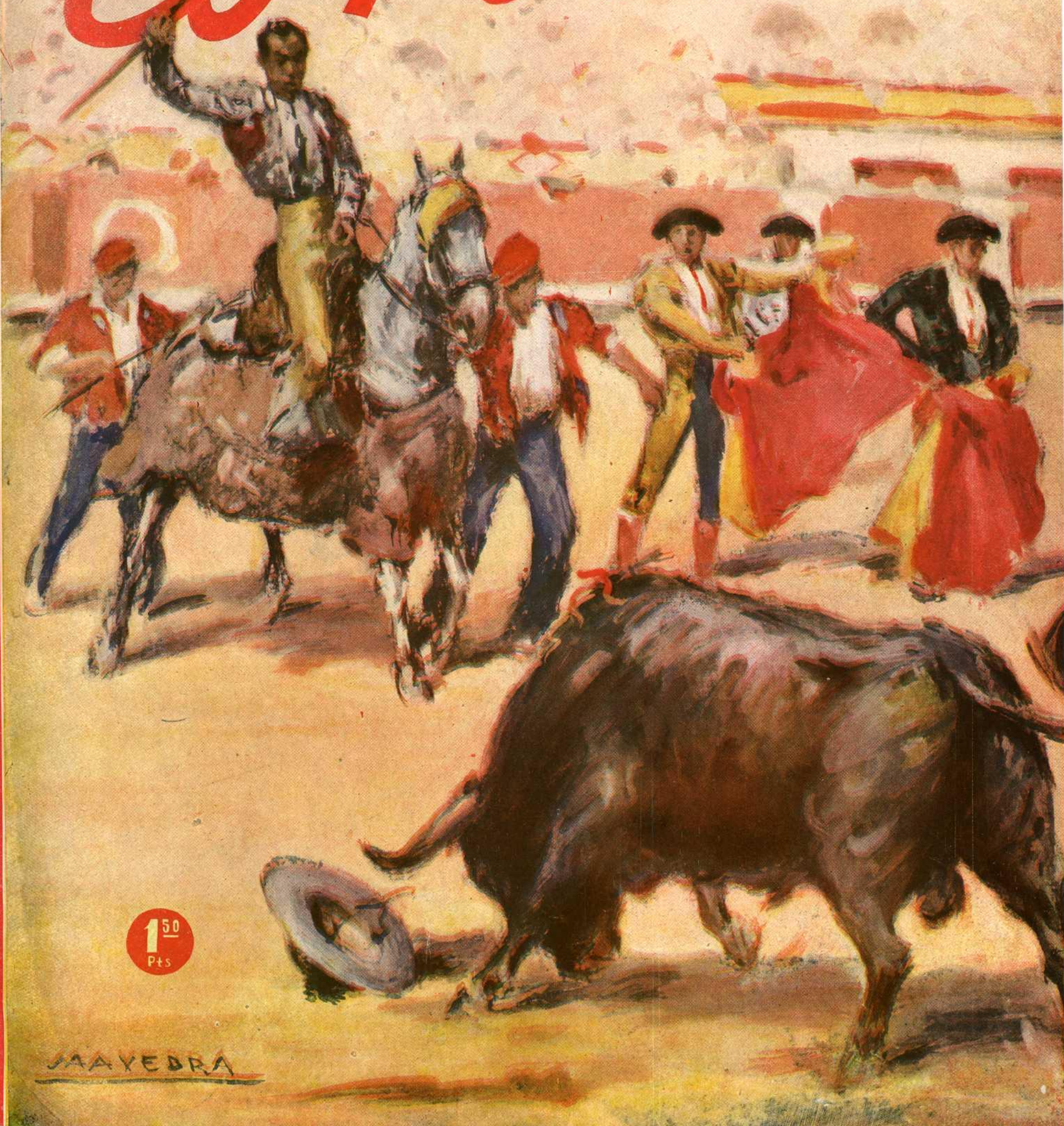


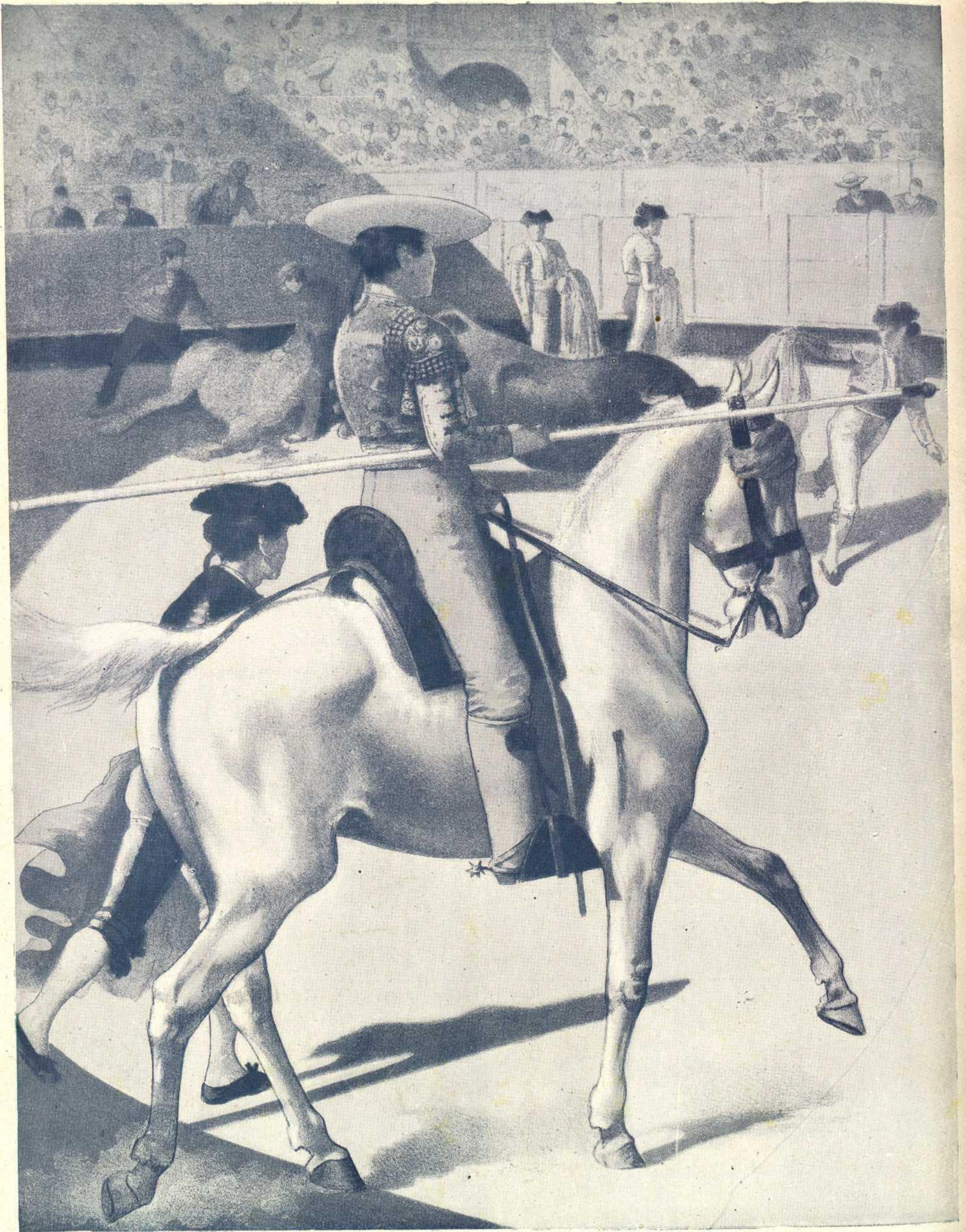
SUPPLEMENTO TAURINO SEMANAL DE MARCA

El Ruedo



1⁵⁰
Pts

JAAVEDRA



¡A la suerte!

(Dibujo de Perea.)

El Ruedo



**DE LA GRAN CORRIDA
DE LA PRENSA**

Manolete en un magnífico paso
natural, durante la faena a su
primer toro

(Fot. Baldomero)

LA CORRIDA DE LA PRENSA

El Estudiante, a dos milímetros de su primer toro

Belmonte en una de las pocas cosas que pudo hacer en uno de sus toros

EL LAPIZ EN LOS TOROS

Por ANTONIO CASERO

Manolete en dos momentos de la magnífica faena realizada con el sexto toro, y sacado en hombros entre el entusiasmo general

ANTONIO CASERO





El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I -- Madrid, 11 de julio de 1944 -- Núm. 5

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



UNA frase se ha repetido tanto, y se sigue repitiendo estos días con tal abuso, que me suena ya en los oídos como un gastado tópico. No hay aficionado auténtico o espontáneo — porque ahora han surgido muchos de éstos — que no suelte a las primeras de cambio: «Pero, ¿usted no vió a Manolete en la corrida de la Prensa?» Y si el interrogado lo vió, entonces el otro, antes de que le pisen la frase, exclama suficiente: «¡Ese hombre acaba con la fiesta!»

La elogiosa, la ditirámica intención de la frase, convertida ya en tópico, no se disculpa de su total inexactitud ni a los ojos del más apasionado «manoletista» — y yo lo soy desde que le vi tomar la alternativa en Madrid —, porque equivale a echar en cara al genial diestro cordobés de una posible decadencia, e incluso desaparición, de la fiesta.

Precisamente lo que ocurre — lo que ocurrirá, sin duda — es todo lo contrario, tal y como aconteció cuando Belmonte, tras la competencia con Joselito, quedó dueño y señor de los ruedos: que centenares de incipientes diestros, ambiciosos de gloria y fortuna, intentaban superarlo y superarse tarde a tarde, y proporcionalmente con ello inolvidables espectáculos. Recuérdense los nombres de Granero, Niño de la Palma, Chicuelo, Marcial Lalandá, Ortega y Antonio Márquez. Con estilos bien distintos, por muy diversos caminos, lo que todos pretendieron fué ponerse a la altura del coloso de Triana.

Aun no hemos olvidado un quite por verónicas de Márquez en una corrida, que hicieron exclamar al locutor que la radiaba: «¡Márquez derriba al trianero!» Era cuando Belmonte estaba en la cumbre de su fama, y no cabía entonces mayor elogio para el diestro madrileño.

El domingo, tres novilleros modestos, inmediatamente después del opoteósico triunfo de Manolete, torearon en la misma arena que él con el beneplácito del público.

Gitanillo Chico había dicho en Marca: «Es muy peligroso torear en Madrid después de haber visto a Manolete en la corrida de la Asociación de la Prensa. Como toreó Manuel Rodríguez, sólo él puede volver a hacerlo.»

Estoy conforme, todos estamos conformes; pero Gitanillo Chico, seguramente por tener lo que dijo bien metido en el corazón, pudo cortar una oreja. Se superó. Uno de los debutantes, José Luis Álvarez, consiguió el mismo preciado galardón, y el otro debutante hizo cuanto pudo por conseguirlo. Sobre los tres pesaba el ejemplo de la faena de Manolete.

Con la fiesta no acaba Manolete. A la fiesta la levantará de la languidez, de la pereza a que la tenían sometida los «estilistas», Manolete. La está levantando al pulso de su genio y de su valor.

Se acabaron los zánganos, se acabó la cómoda posición de esperar «el torito» para dar la tarde. Manolete da cada día, por lo menos, una lección de voluntad, de pundonor y de honradez profesional suficiente para el triunfo, y enseñando claramente que sólo así, en tan gallarda postura, puede esperarse con derecho el éxito definitivo, el que consagra.

Abajo, pues, el tópico de que Manolete acaba con la fiesta. Los que la estaban apuntillando son los «estilistas», los que sólo esperan, capote al brazo, un toro a su medida para cortar la oreja, o los que dicen: «¡El día que me salga mi toro!»



DE LA GRAN CORRIDA DE LA PRENSA.—Manolete, el triunfador de la gran corrida de la Prensa, celebrada el jueves 6, en la Monumental de Madrid, da la vuelta al ruedo a hombros de sus admiradores

LA CORRIDA DE LA PRENSA



El Estudiante, Belmonte y Manolete momentos antes de la corrida de la Prensa, celebrada el jueves día 6 en Madrid

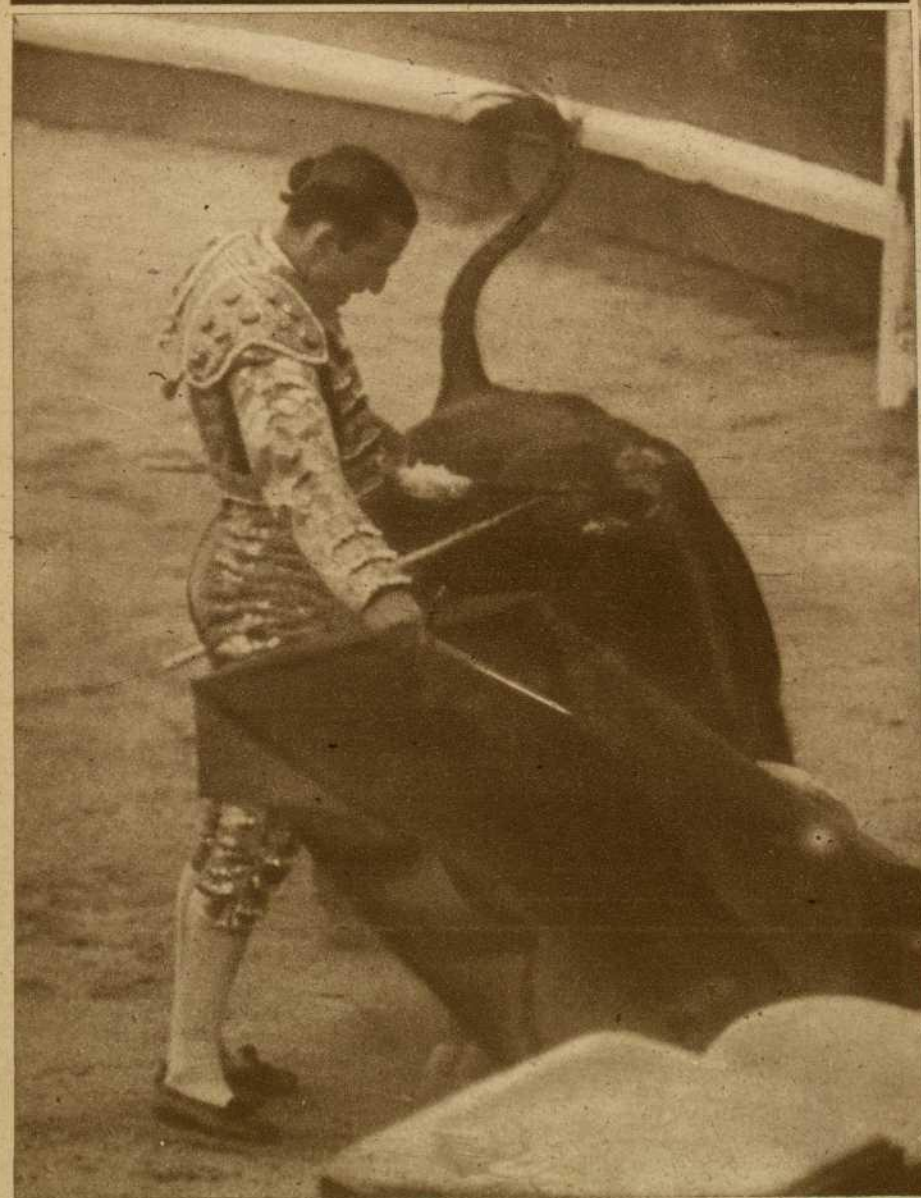


Un momento de la gran faena de Manolete al sexto toro, de la ganadería de Pinto Barreiro



Manolete citando en un terreno inverosímil, para terminar, tranquilo, dando un ayudado por alto

(Fot. Verónica)



Juanto Belmonte en un pase con la derecha durante la faena de su primer toro



El Estudiante toreando de frente por detrás en un quite al tercer toro de la corrida, Luis Gómez tuvo una gran tarde

SEIS toros de Antonio Pérez Tabernero para EL ESTUDIANTE, BELMONTE y MANOLETE

Tres días después

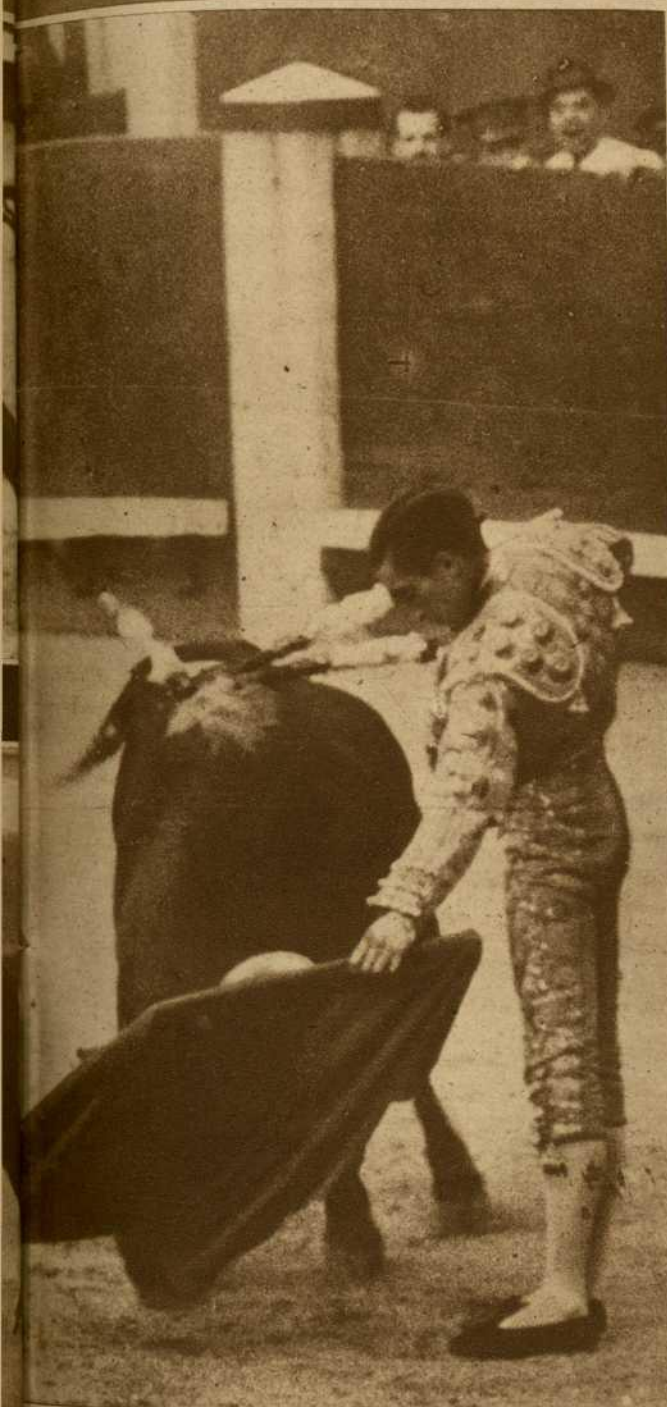
por "El Cachetero"

A l igual de Manolete, uno no se queda satisfecho con rematar una crónica en media verónica por siempre jamás, amén. El toro de la ocasión, de una de las más netas ocasiones que vió el torero, pide otra, por lo menos, y por el lado opuesto. Es decir, que si la primera crónica fué la de la exaltación, aquí va a intentarse la breve de la serenidad en lo posible. Oposición en modo o en estilo, que no en concepto, porque la prueba es que, en grito o en medida, Manolete, mírese por donde se mire, y escribáse de él como se escriba, bien sea a renglón seguido del pasmo o temblor del momento, bien sea en este momento de los tres días justos, queda en el mismo lugar: en la cumbre más alta del torero. Esto cuadra en el alarido emocionado del tendido o en el regusto y soledad de la meditación.

Uno no sabe por dónde va a seguir escribiendo crónicas de toros, porque la verdad es que lo que sale de dentro es sentirse hondamente satisfecho y llamado para siempre. Uno siente hoy—con la perspectiva de una novillada vulgar por delante—la opresión de la servidumbre taurina del periódico más fuerte y más insoportablemente que nunca. En fin, viene a pensarse que el torero, cuyas más altas cimas hemos visto, tiene que tener zonas medias y aun medianas, y que cada una sirve como puede al edificio de un arte cuya cúpula se nos dió en la corrida de nuestra Asociación. Porque si que es verdad que Manolete acaba el toro, si se toma la frase en el sentido de remate final y definitivo. No es que acabe en él, sino que en él culmina, que es lo mismo, salvo al revés, porque todo estriba en la dirección que se tome, hacia abajo o hacia arriba. Pero el caso es que uno también ha hablado del "más allá" de Manolete, es decir, del punto de que, ante su genio, las líneas deben ser una tentación más que un límite, o sea, que yo pienso que el edificio del torero va a culminar en él, aunque no sé qué límites ni qué formas va a tomar su altura máxima. O sea, que él lo va a culminar no se sabe dónde.

El otro día se dijo que Manolete ya figura por derecho propio entre los seis medallones máximos que podrían resumir en cualquier pared la historia del torero. Esta es otra de las grandes verdades de Manolete, es decir, que se ha situado en una cumbre en que, a la vez que al toro, domina al torero considerado como arte total. El uno y el otro irán adonde los guíe su genio, su maestría y su muñeca. Manolete va a dejar el torero constituido hacia la posteridad, quizá para siempre, como un canon exacto e inalcanzable por generaciones. El torero de Manolete de hace un par de años—esto es lo grande en Manolete, que no puedo contar más atrás que cinco años—se había colocado de pronto en una longitud enorme, pero su representación era tanto y más espigada que su figura física. Esta es la fecha que si su longitud se ha hecho mayor, su latitud se ha agigantado, para dar al conjunto una robustez, una solidez y una densidad fabulosa. En él se van cerrando todas las medidas dispersas del torero: la del estilista que no mata, la del estoqueador que no torea—en esto me piace coincidir con un gran crítico, cuando uno ya había señalado algo así en la crónica del grito—, la del torero estético que no domina, la del dominador que no es armonioso y no sé cuántas más, fundidas en una personalidad única, mejor que en un torero de suma o larguísimo, más que largo. Esa su personalidad estriba en que, por los puros cauces del torero, casi ha roto con el axioma de que todos los toros tienen su lidia distinta en muchos matices, es decir, del concepto móvil del torero al concepto fijo de que todos los toros tienen una lidia sola: la lidia de Manolete, por él impuesta y por el toro sufrida, quiera o no quiera.

¡Y todo esto abocado a un "más allá" en el que creo tan firmemente como en el tiempo! Creo en él, porque Manolete me parece tan imposible de detener como la sucesión de los días. Y, ¿por dónde? Eso sí que no lo sé; quizá en altura, pero quizá también más en superficie y volumen. A Manolete no le falta ya nada por lado alguno y le sobra por todos; pero no me extrañaría que el aumento inexorable viniese por un lado muy aumentado en estos tiempos, y como refutación a quienes dicen que todo aumento en el torero se logra a expensas de la disminución del toro, vieja polémica en la que el tiempo juega gran papel. No me extrañaría, repito, que Manolete, poco a poco, fuese cerrando en él todas las medidas dispersas que existen en tal materia y demostrase su genio frente al toro de todos los tiempos y a todos los toros. Más aun: que fijase el concepto de toro para la posteridad sin que nadie tuviese nada que objetar ni se estremeciese ninguna tumba. En fin, que dejase el torero, por todos los lados, como para presentarse a juicio final. Por ahí puede y por todos los lados manifestarse su "más allá", en el que creo tan ciegamente a los tres días justos de la última hazaña, que por ser tan alta abre el pecho a las mejores esperanzas, no para él sino para un arte que, como al buen callar llaman Sancho, habrá que llamarlo Manolete.



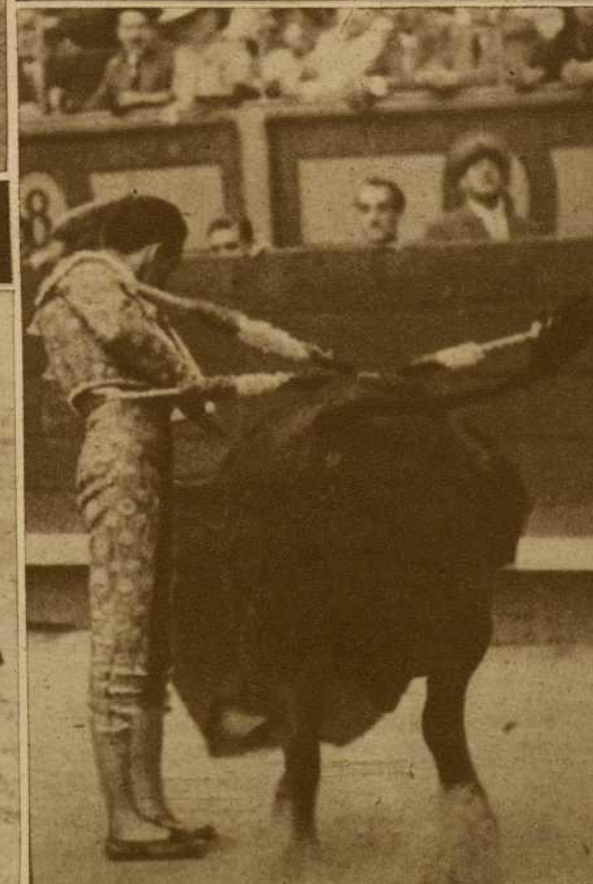
Un gran pase natural de Manuel Rodríguez, Manolete, cuya actuación en esta corrida constituyó un triunfo clamoroso (Fots. Baldomero.)



Una característica actitud de Manolete durante la faena al sexto toro, del que se le concedieron las dos orejas



Un ayudado por alto de Manolete a su primer toro, del que también cortó la oreja



Otro gran momento de la faena de Manolete al sexto toro de la corrida de la Prensa (Fot. Verdugo.)

Plaza Toros de VALENCIA

EMPRESA ALBERTO Y FERRAZ S. L.

FAMOSAS CORRIDAS DE FERIA 1944



GISBERT. Arenal, 1 (Puerta del Sol)

EXCLUSIVAS JUMILLANO

PRESENTA

EN LOS DIAS 23, 24, 25, 28, 30 y 31 de JULIO
LOS FANTASTICOS E INCOMPARABLES ESPECTACULOS SIGUIENTES:

DIA 23
Presentación del inconfundible espectáculo
«GALAS DE ARTE»
con «EL BOMBERO TORERO»

DIA 25
Tercera actuación del grandioso espectáculo
«GALAS DE ARTE»
con «EL BOMBERO TORERO»

DIA 30
Repetición del extraordinario espectáculo
«LLAPISERA Y EL EMPASTRE»

DIA 24
Repetición del magnífico espectáculo
«GALAS DE ARTE»
con «EL BOMBERO TORERO»

DIA 28
Presentación del inimitable espectáculo
«LLAPISERA Y EL EMPASTRE»

DIA 31
Tercera actuación del espectáculo del creador del toro cómico
«LLAPISERA Y EL EMPASTRE»

DIA 21
SEIS TOROS
de
DOÑA CARMEN
DE FEDERICO
para
ORTEGA,
BELMONTE
Y MANOLETE

DIA 22
OCHO TOROS
de
D. JOSE MARIA
GALACHE
para
BARRERA,
BELMONTE,
MANOLETE
ANDALUZ

DIA 23
SEIS TOROS
de
D. JOSE ESCOBAR
para
MANOLETE,
ANDALUZ
Y ANTONIO
BIENVENIDA

DIA 24
SIETE TOROS
uno del
DUQUE DE TOVAR
rejoneado por
D. Alvaro Domecq
SEIS TOROS
restantes de
D. A. SANCHEZ
COBALEDA
para
BARRERA,
BELMONTE
MANOLETE

DIA 25
OCHO TOROS
de
PEREZ DE LA CONCHA
para
Pepe Bienvenida,
Martín Vázquez,
Andaluz
Valencia III

DIA 26
SEIS TOROS
de
PABLO ROMERO
para
BARRERA,
EL
ESTUDIANTE
Y ANTONIO
BIENVENIDA

DIA 27
OCHO TOROS
de
L. DE CLAIRAC
para
BARRERA,
BELMONTE,
ANDALUZ
Y
VALENCIA III

DIA 28
SIETE TOROS
Uno del
DUQUE DE TOVAR
rejoneado por
D. Alvaro Domecq
SEIS TOROS
restantes de
D. VICENTE MURIEL
para
BELMONTE,
MANOLETE
Y ANDALUZ

DIA 29
SEIS TOROS
de
D. VICENTE CHARRO
para
ORTEGA,
EL
ESTUDIANTE
Y MANOLETE

DIA 30
SEIS TOROS
de
MIURA
para
PEPE
BIENVENIDA,
EL
ESTUDIANTE
Y
MARTIN
VAZQUEZ

La corrida del domingo en MADRID



Seis novillos de ARTURO SANCHEZ, para Gitanillo Chico, Lucio Quevedo y Alvarez Pelayo



Los tres matadores, en el patio de caballos



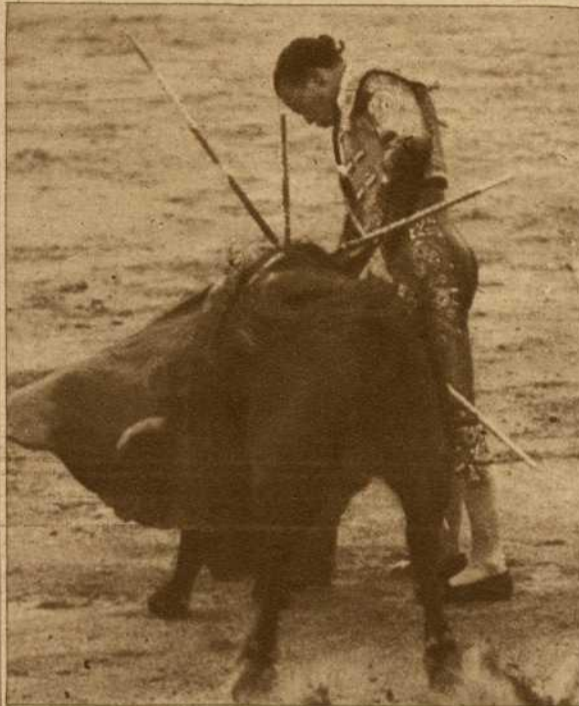
Gitanillo en su faena a su segundo



Gitanillo dando un natural



Lucio Quevedo, en un derechazo



Alvarez Pelayo, en el sexto novillo



Alvarez Pelayo dando una manoletina



Lucio Quevedo, en un mulatazo por alto (Fots. Baldomero.)

RESEÑA

Preside el señor Plaza, y hay casi llena. Se lidian novillos de don Arturo Sánchez por Gitanillo Chico, Lucio Quevedo y Alvarez Pelayo, nuevos en la Plaza los dos últimos.

Primero.—Negro y torcido. Gitanillo lancea valentón. Cuatro varas. Gitanillo brinda a Manolito y comienza de rodillas. Mata de una estocada rápida y un descabello. (Muchas palmas y saludo.)

Segundo.—Negro. Quijódo lancea y sale apurado. Cuatro varas. Brinda a Manolito. Mata de una estocada atravesada de efecto rápido. (Ovación, vuelta y saludo.)

Tercero.—Igual que el anterior. Alvarez Pelayo veroniquea bien. (Ovación.) Muletea por altos en redondo, dos por bajo y manoletinas. Mata de cuatro pinchazos, media delantera y cinco descabellos. (Palmas.)

Cuarto.—Más pequeño. Gitanillo veroniquea compuesto. Algunos pases han sido buenos. Mata de media estocada. (Ovación, oreja, vuelta y saludo.)

Quinto.—Cárdeno y muy feo. Quevedo cambia de rodillas y veroniquea muy valiente. Dos varas. Quevedo cambia a mulata pegada y torca al natural. Un pinchazo, saliendo empuntado y con la taleguilla rota; otro y media estocada. (Palmas.)

Sexto.—Negro. Alvarez Pelayo veroniquea con decoro. Tres purrazos. Quite del matador que se aplaude. Con la mulata a dos manos gira en chicutinas. Mata de una estocada delantera. (Ovación, oreja y vuelta.) Lo sacan en hombros de la Plaza.



JUICIO CRITICO

Una novillada con posibilidades



La novillada resultó muy novillada. Esto, aunque parezca redundancia, no lo es tanto si se piensa en que muchos festejos parecidos se pierden en fracaso total, incluso de lo que no debe fracasar en una novillada: del impulso ascensional, en el que, por lo menos, la voluntad y el coraje deben siempre impulsar rabiosamente. Este tipo de novilladas de primer escalón siempre es agradable de ver, y en esta tónica, podemos clasificar la del domingo, empujada también hacia el agrado por un ganado bonito de tipo y con genio y bravura suficientes para este primer

examen de los novilleros en Madrid. Los novillos de don Arturo Sánchez, bien en tipo, menudo y compuesto—salvo aquel quinto, cárdeno y colito, que parecía un cebú—, tuvieron nobleza y bravura bastante para compensar una malísima lidia general a pie y a caballo. A veces, y en dos al menos, la comprensión presidencial les ahorró castigo en puyas y banderillas y los dejó aptos para el lucimiento.

En los diestros en su estilo novillero. Gitanillo Chico demostró voluntad y ramalazos de buen arte, que acaso llegase a cuajar por los moños gitanos, que en la ocasión quedaron cumplidos de valor contra algún embarullamiento. Cortó la oreja del cuarto y dió la vuelta al ruedo, y en su primer oyo una ovación. Los debutantes anduvieron por opuestos caminos. Lucio Quevedo estuvo muy valiente siempre, y frente a algún achuchón, mantuvo su nota de valor con ajuste, y mandó bien en el muleteo del segundo, que le valió la vuelta al ruedo. Quijódo un par de las cortas delanteras, cambió de rodillas al quinto de salida e inició la faena—brindada a la memoria—con un cambio a mulata pegada. Con el capote se atrajo el riesgo al no despegar los brazos; pero su valentía suplió lo necesario para una actuación decorosa. Y el más moderno en turno, Alvarez Pelayo, alcanzó un buen éxito, porque en él se ve una posibilidad de torero con figura y estilo. Más toronado y ajustado, consiguió con la oreja un buen éxito en la faena al último novillo, muleteado en series de pases con sabor y gracia torera. En el tercero—un poco desafortunado con el pinchazo—, en sus intervenciones con el capote obtuvo el máximo sufragio de la tarde.

Una novillada entretenida por los matadores y absolutamente desgraciada en los subalternos. Hubo ovaciones para los diestros y una inicial a Manolito, el triunfador del jueves, allá en su barrera del 8.



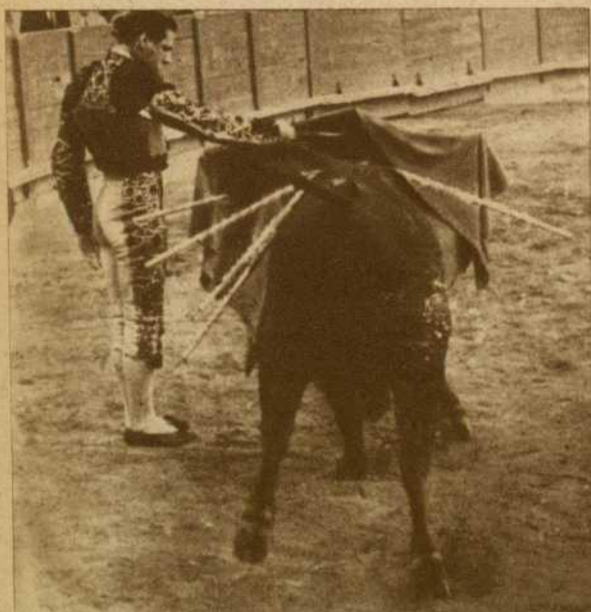
CARTEL DE BARCELONA



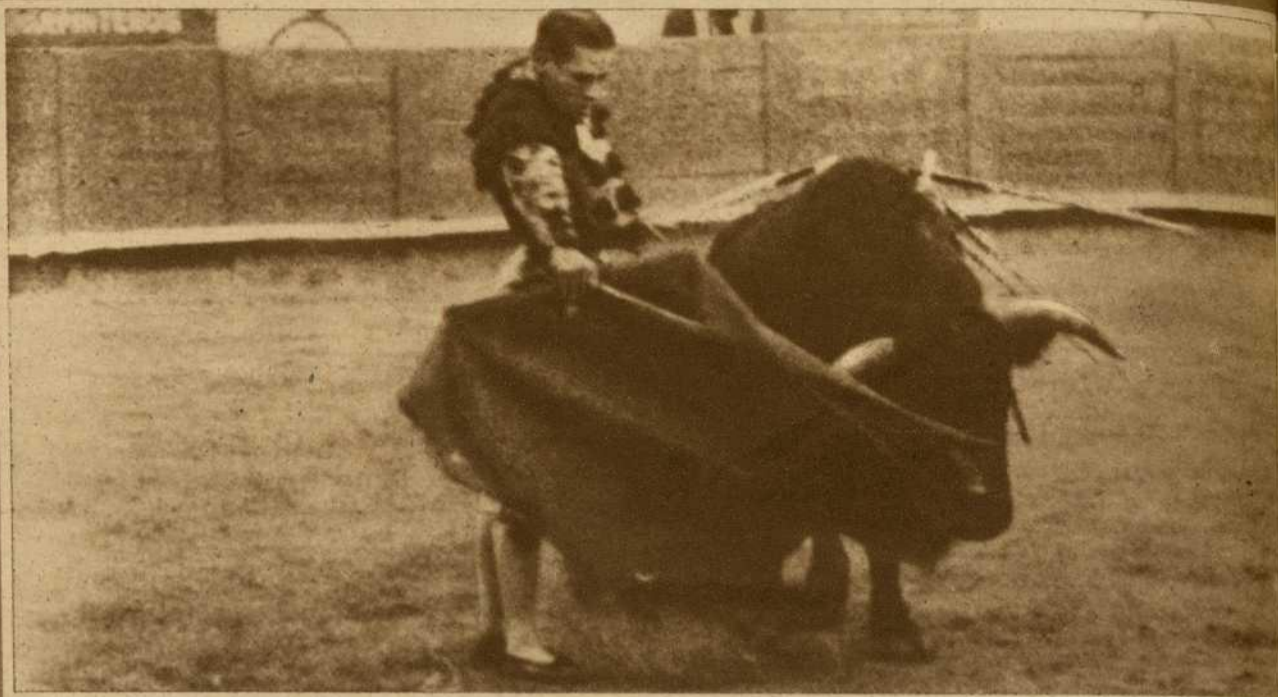
Mario Cabré, con la derecha, torea en redondo en el toro que cortó las dos orejas, tercero de la lidia ordinaria



Un lance de Mario Cabré al último toro de la tarde, en la corrida de Barcelona, que le proporcionó una tarde triunfal



Mario Cabré, en el toro tercero, aguanta bien la arrancada del bicho al intentar darle un pase por alto



Aunque la mansedumbre del toro no permitía una gran faena, Mario Cabré toreó bien con la muleta. Tirando del toro, pudo cuajar una faena ligada a base de torear en el terreno del animal. Los pases con la derecha fueron ejecutados con la perfección que recogemos en esta fotografía

RESEÑA

Barcelona, 9. (De nuestro corresponsal Subirán.)
 Primero de rejones.—Mandador, berrendo en negro, gordo y bien puesto de defensas, de Cristina de la Maza. Tardo, y al parecer, manso de solemnidad. Dos rejones del portugués, bien puestos. Otros dos de muerte, y como el toro no se entrega, pasa a poder del sobresaliente, José Martínez; (Barraquerito), que al primer muletazo sale por los aires con el calzón hecho trizas. El bicho está lidiado y tiene todo el poder que sacó de los toriles. Faena valiente del matador, que se tira a matar como y cuando puede; pero como el tiempo pasa y el toro no dobla, después de escuchar los tres avisos, el toro vuelve al corral. El matador marcha a la enfermería.

Lidia ordinaria.
 Primero.—Ramillero, entrepelado, gordo y corto de defensas. Lo fija Belmonte con unos faroles que se aplauden; pero pronto se declara manso de solemnidad, y con tres puyazos que no dan lugar a quites toma tres pares de banderillas colocados pronto y bien especialmente uno de Morales, que es aplaudido.
 El buen está remiso y cada vez más manso, y Juanito, al ver lo que le ha caído en suerte, y tras pocos pases, se lo quita de encima de un metisaca y un descabello. Oye palmitas.

Segundo.—Ovejero, negro, grande y gordo, Hermoso de tipo; pero también un boyancón. Cinco varas y ni un solo quite, dada la mala calidad del toro. Bastan dos pares y medio de banderillas y Escudero ni tan siquiera intenta darle un muletazo lucido. Un pinchazo fuera, media perpendicular y descabello a la tercera, escuchando pitos.

Tercero.—Perezoso, negro, también gordo, tardo y manso para no desentonar. Cinco varas y tres derribos. No hay nada en quites. Mal pareado (¡vaya cuadrilla, Mario!), Cabré lo toma con tres ayudados por alto, magníficos, y sacando toro de donde no hay. Hasta el natural con la zurda lo intenta el matador con éxito... Tres pinchazos atacando bien y una estocada por lo corto y derecho, atracándose de toro. Ovación, vuelta, dos orejas y dos vueltas al anillo con devolución de prendas.

Cuarto.—Dinamita, algo así como la catedral de Burgos de gordo. El tal Dinamita no trae la pólvora, pues no quiere nada con nadie. Belmonte no le da al buey ni un solo pase. Sin dudar atiza un metisaca sin resultado, luego intenta el descabello por siete veces y fracasa. Pide la puntilla y fracasa. Nuevos intentos de descabello y fracasa tantas veces como lo intenta. Un aviso. Belmonte se pone nervioso. Otra vez con la puntilla y otro fracaso. Suena otro aviso. El toro está mechado, pero no se acuesta. Los peones rodean al bicho, y entre todos, cuando está para sonar el tercer aviso, consiguen acabar con el buey, que es pitado en el arrastre. Belmonte pide permiso a la Presidencia y se retira.

Quinto.—Bizantino, negro, gordo, mogón del izquierdo, manso. Cinco varas y un quite por chucuilas de Escudero. Tres pares pronto y medianos y el madrileño, tras pocos muletazos, caza a morlaco con media habilidosa en buen sitio, que basta. (Pitos.)

Sexto.—Liatón, gordito, pero no tanto como sus hermanos. Sale con muchos pies. Cuatro varas, y no hay quites. Vulgarmente toreado y mal el negociado de banderillas. Cabré hace una faena valiente y con inteligencia para dominar al bicho. Escucha aplausos y termina de media buena y delantera, que produce derrame. Hay también oreja y da la vuelta al ruedo.

Segundo de rejones.—Caprichoso, de Sánchez Tabernero, un novillote muy levantado de pitones, negro. Como se arranca a la jaca, Simao da Veiga luce sus cualidades de establista y pone dos pares de rejones al bicho. Después coloca dos medios pares y termina con una entera que hace doblar.

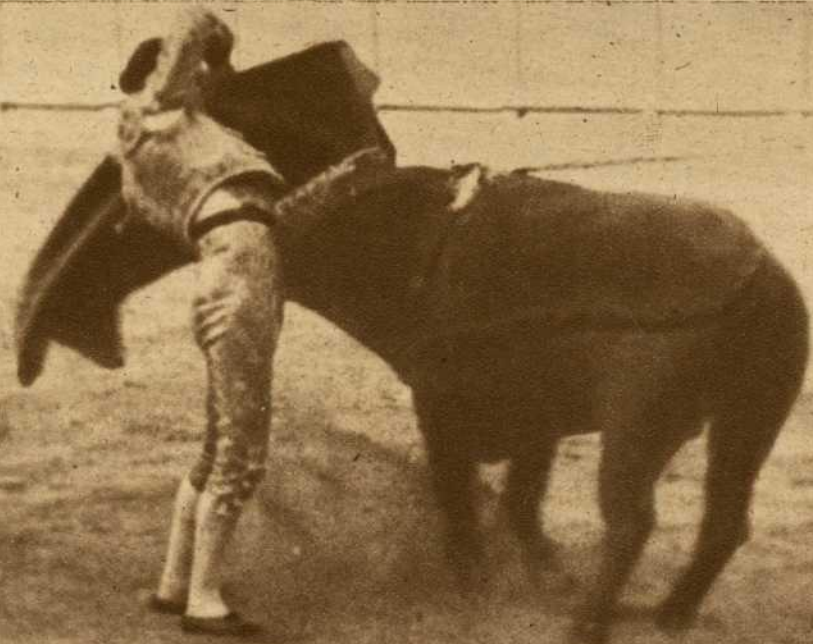
El peso en canal de los toros fué el siguiente:
 Novillos de rejones, 196 y 212.
 Lidia ordinaria, 268, 277, 273, 295, 305 y 291 kilogramos, respectivamente.



Faena inteligente en el sexto toro, intentando el toreo con la izquierda a base de naturales perfectos, en contra de las condiciones del toro, mansote como el resto de los lidiados.—Abajo: Cabré, con las dos orejas que cortó en su primer toro, recibe las mayores ovaciones que se prodigaron el domingo en la Plaza de Barcelona



Seis de Mario FERNANDEZ para Juanito BELMONTE, Manolo ESCUDERO y Mario CABRÉ Dos novillos de rejones para Simao Da Veiga



Juanito Belmonte, todo él valentía, se adorna con la muleta en la faena del primer toro, toreando por faroles



El torero madrileño Manolo Escudero veroniqua con gran soltura y elegancia al toro que lidió en primer lugar, a costa de temple en sus intervenciones



El rejoneador portugués Simao da Veiga, en el primer toro, coloca con gran habilidad y perfección dos rejones. La mansedumbre impidió que fuese muerto por el rejoneador, despachándole el sobresaliente.—Abajo: Juanito Belmonte lanceando a su primer toro, en el que fué aplaudido

JUICIO CRITICO

CON media docena de tardes como la que acabamos de padecer, se acaba de raíz la afición taurina de Barcelona. No se puede pedir tarde más plúmbea ni catastrófica, pues al salir por los toriles ocho torazos mansos, ilidables, era muy natural que los maestros fallaran y dieran la tarde.

La pauta la dió el primero de rejones, tan tarde en la acometida que Simao da Veiga dió por terminada su actuación con cuatro rejones. Entregó el novillo, un novillo que hubiera podido pasar en corrida formal, sin castigo a manos de un novato que, a las primeras de cambio, salió por los aires con el calzón hecho unos zorros, siendo muy natural que volviera a los corrales después de haber intentado inútilmente matarlo. Este fué el primer toro ilidable de la tarde.

Luego salieron seis de un tal Mario Fernández, de Salamanca, gordos, bien presentados, toros hechos, pero bueyes de la peor casta, con media embestida cuando, tras mucho porfiar, los toreros se decidían a usar el capote y la muleta.

Así se explica que Juanito Belmonte sólo consiguiera un par de lances y otro par de muletazos en su primero, que fué el menos manso de los seis, y se lo quitara de encima con brevedad, para escuchar palmitas. En su segundo, el buey máximo de la tarde, estuvo a punto de verlo volver vivo a los corrales, pues ni tan siquiera le dió un muletazo. Francamente mal estuvo Juanito.

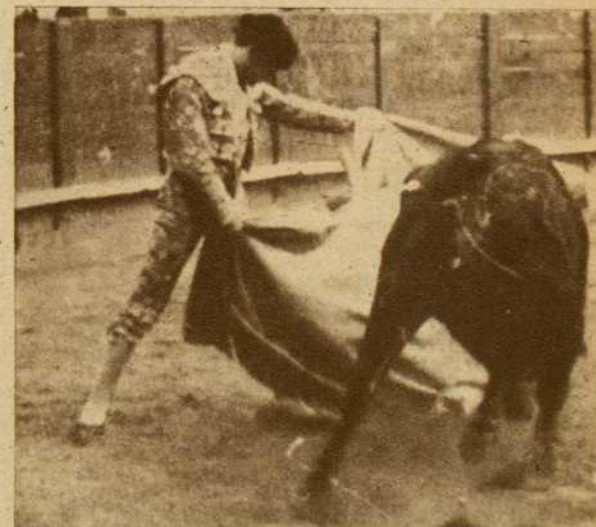
Un poco menos mal estuvo Manolo Escudero, que intentó hacer algo, aun cuando pronto desistió de ello. Sus dos bichos fueron mansos, y el espada escuchó en ambos pitos de la concurrencia. Sin llegar a la catástrofe, demostró que un buen torero como él nada puede alegar como lidiador cuando tan poco fué lo que hizo.

Cabré estuvo valiente y fué el más afortunado en el lote, y, a fuerza de valentía, supo sacar todo el provecho posible de sus dos bichos. Cortó las dos orejas de su primero y la oreja de su segundo, gracias a las estocadas con que liquidó a sus enemigos. La faena a su segundo, aunque valiente y ligando mucho, fué coronada con una defectuosa con derrame, que impresionó a las moscas.

Simao da Veiga hizo lo de siempre. Lució con maestría sus incomparables jarcas, colocó vistosamente los rejones, pero dejó entero a su primer novillo, dejándolo de abrigo para el sobresaliente.



Juanito Belmonte, pese a las condiciones pésimas de su segundo toro, manso y condenado a fuego, intentó sin fortuna lucirse. En su primero estuvo valiente y cerca, consiguiendo algunos buenos muletazos como éste por alto



Manolo Escudero, en unos lances, recoge al toro para torear por verónicas, que realizó con suma elegancia, rematando por chicuelinas. El torero de Embajadores, que encontró dos mansos ilidables, puso toda la voluntad para salir airoso



El Ruedo



ANTONIO CASERO

Ortega, que sustituía a Manolete, cortó una oreja en Pamplona



Ortega

PAMPLONA 9 (Menche- ta). — Se lidiaron toros de la ganadería de don Atanasio Fernández, de Salamanca, para Domingo Ortega, Pepe Bienvenida y Julián Marín. Ortega sustituye a Manolete. El tiempo es bueno. Preside el concejal don Luis Añoveros. Se registra un lleno completo.

Primero. Negro, cornigacho. Ortega se hace aplaudir en unas verónicas. También son muy aplaudidos Bienvenida y Marín en sus intervenciones. Tres puyazos superiores y dos pares y medio. Ortega, con la muleta, da dos pases con las dos rodillas en tierra; sigue con otros por bajo, molinetes y cambios de muleta, agarraduras de pitón, obligando a pasar al bicho. Más pases de rodillas. La faena es imponente y se desliza entre ovaciones y música. Una estocada casi entera y el descabello. (Ovación clamorosa, oreja y vuelta al ruedo.)

Segundo. — Negro, cornigacho. Bienvenida lo saluda con unos lances vistosos. Dos puyazos y dos reflonazos. Bienvenida toma los palos y, al son de la música, clava dos pares de frente, aguantando mucho, y otro al quiebro, cerrado en tablas. Bienvenida lo pasa con la muleta con varios naturales muy buenos y otros por bajo para humillar la cabeza del toro, que se ha puesto un poco difícil. Un pinchazo, una estocada casi entera y cae el bicho. (Ovación.)

Tercero. — Negro, ancho de cuerna. Marín lo lancea un poco movido y se le aplaude en un qui-

te. Tres buenas puyas y dos pares y medio. Marín da unos pases en redondo, naturales y varios molines, que se ovacionan. Otros ayudados y suena la música. Se tira a matar, y por un extrañío del toro, la estocada resulta chalequera. Repite con otra casi entera, y descabella al primer golpe. (Ovación y vuelta al ruedo.)

Cuarto. — Negro, corto de pitones. Nada con la capa. Recibe tres buenos puyazos y tres pares de banderillas superiores. Ortega brinda a la Plaza y se dispone a repetir la anterior faena de muleta, aunque el toro no se presta tanto. Domina al bicho y realiza preciosos pases con rodillazos y agarraduras de pitón. Una estocada casi entera que basta. (Ovación.)

Quinto. — Negro, ancho de cuerna. Bienvenida le da unos capotazos corrientes y a Marín se le

aplaude en unos lances. Muy mal picado, pasa a banderillas, colocándose dos pares y medio. Bienvenida hace una faena de muleta bonita y valiente para dos pinchazos buenos y media estocada. (Ovación.)

Sexto. — Negro, recogido de pitones. Marín se cife con la capa y es muy aplaudido al rematar con una revolera. Tres puyazos superiores y dos pares y medio. Marín manda retirar a la gente y da dos pases sentado en el estribo y otros dos de rodillas muy valientes. Va a tirarse a matar y el público pide que continúe la faena. Sufrir un desarme, y la estocada que da resulta chalequera, como la de su toro anterior. Dos pinchazos y el descabello.

Peso de los toros, en canal: 238, 295, 267, 232, 243 y 227 kilos, respectivamente.

Seis toros de Pinohermoso en Palma



La Serna

PALMA DE MALLORCA 9 (Menche- ta). — Reses de Pinohermoso para Barrera, Laserna y Antonio Bienvenida. Media entrada.

Primero. — Barrera instrumenta dos verónicas buenas y escucha palmas. Cuatro varas y tres pares de banderillas. Barrera inicia la faena con unos pases, ayudados por bajo, y luego se adorna con rodillazos, molinetes y afarolados. Mata de media estocada, repitiendo siete veces, sin soltar, media delantera más, y el descabello. (Pitos.)

Segundo. — Laserna da unos capotazos sin lucimiento. Anotamos cuatro varas y dos pares y medio de banderillas. Con el trapo rojo, Laserna se limita a parar al toro, y en cuanto iguala, señala un pinchazo; luego empiezan las espantadas; numerosos pinchazos, y se oyen los tres avisos, siendo el toro devuelto al corral.

Tercero. — Bienvenida escucha la primera ovación de la tarde por una serie de cinco verónicas y media superiores. Tres varas y tres pares de banderillas, recargando mucho la res. La faena de muleta registra pases naturales, ayudados y rodillazos buenos. Mata de dos pinchazos, dos estocadas delanteras y el descabello. (Palmas.)

Cuarto. — Barrera liga tres verónicas aceptables, que r mata con un farol y media verónica, rodilla en tierra. Cuatro varas y tres pares de banderillas. Barrera, sentado en el estribo, da dos pases de muleta. Luego, con las dos rodillas en tierra, da también varios pases; en pie, instrumenta algunos afarolados y otros adornos, para media estocada, una entera y el descabello. (Ovación y saludos.)

Quinto. — Laserna repite su actuación de su toro anterior, y escucha dos avisos. Por fin el toro se acuesta y lo remata el puntillero.

Sexto. — Bienvenida vuelve a entusiasmarse con una buena serie de verónicas. Tres varas y cuatro pares de banderillas. Con la flama, Bienvenida empieza la faena con

dos statuarios y luego sigue con cinco naturales, ligados con el de pecho. Más pases, y se adorna tocando los pitones de la res y volviéndose de espaldas a la misma. Más faenas con naturales y molinetes para matar de media ladeada, un intento y el descabello. (Ovación.)

El diestro Laserna saltó conducido por la fuerza pública. Los toros pesaron, en bruto, 406, 395, 470, 413, 413 y 383 kilos, respectivamente.

RAFAEL LLORENTE obtuvo un gran triunfo en Cartagena



Rafael Llorente

Cartagena 9 (Menche- ta). — Novillos de don José Rodríguez, de Salamanca, para Emilio Escudero, Rafael Llorente y Luis Redondo.

Preside el inspector de Policía señor Alba, y la entrada es lleno a la sombra y buena al sol. Primero. — Emilio Escudero instrumenta seis buenos lances. (Palmas.) Anotamos dos puyazos y tres pares de banderillas. Escudero inicia la faena por alto y sigue por ayudados, aplaudiéndose. Liga varios naturales y afarolados, y al dar un molinete es cogido; pero continúa la faena por alto. Dos pinchazos, media buena y descabella al segundo intento. (Ovación y vuelta.) El diestro pasa a la enfermería.

Segundo. — Llorente lancea y es aplaudido. Cuatro varas y tres pares de banderillas. La faena de Llorente es buena y valerosa, y mata de una estocada. (Ovación y vuelta al ruedo.)

Tercero. — Redondo se hace aplaudir en verónicas. Nada notable en varas y banderillas. Redondo hace una faena por alto y luego intercala algunos natu-

rales, adornándose con tocaduras de pitón, saliendo trompicado. Entrando bien consigue una estocada buena, y descabella al primer intento. (Ovación y vuelta.)

Cuarto. — Nada digno de mención en verónicas. Cuatro varas y tres pares de banderillas. Escudero, dada las condiciones del toro, hace una faena de castigo, para una ladeada, dos medias, y el toro se acuesta. (Ovación.)

Quinto. — Entra cuatro veces a los caballos. Tres pares de banderillas. La faena de Llorente es a base de pases ayudados, y luego intercala algunos afarolados y molinetes. Señala media, repite y luego deja una estocada buena. (Ovación y oreja.)

Sexto. — Es manso y se le castiga al fuego. Redondo hace una faena inteligente y mata con brevedad, por lo que oye una gran ovación.

Los novillos pesaron: 173, 197, 178, 214, 201 y 203.

El parte facultativo dice que el diestro Escudero padece erosiones en la mano derecha y una contusión en la región inguinal crural izquierda. Leve.

Luis M. Dominguín y Aguado de Castro



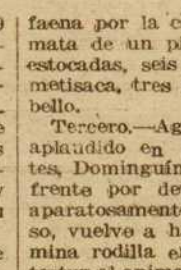
Luis Miguel Dominguín

SEVILLA 9 (Menche- ta). — En la Plaza de la Maestranza se lidiaron novillos de Guadalest que resultaron difíciles y broncos, por Luis Miguel Dominguín, Pepín Martín Vázquez y Aguado de Castro, que hacía su presentación en Sevilla.

Primero. — Dominguín se luce con la capa. Tres varas y dos pares y medio de banderillas. Dominguín, en el terreno del toro, realiza una faena reposada y valiente, para matar de una estocada, un pinchazo y media.

Segundo. — Pepín, a fuerza de consentir, consigue una buena serie de verónicas. Tres marronzos y un puyazo. (Bronca.) El picador es llamado a la presidencia y sancionado. Dos pares de banderillas. Martín Vázquez hace una

Fueron aplaudidos en Sevilla



Pepín M. Vázquez

faena por la cara, sin exponer, y mata de un pinchazo, dos medias estocadas, seis pinchazos más, un metisaca, tres intentos y el descabello.

Tercero. — Aguado de Castro es aplaudido en verónicas. En quietes, Dominguín intenta hacerlo de frente por detrás y es volteado aparatosamente. Se levanta rabioso, vuelve a hacer el quite y termina rodilla en tierra, tocando el testuz al animal. Los otros dos matadores también se lucen en su turno, y han de saludar los tres juntos desde el tercio. Tres varas y tres pares de banderillas. Aguado de Castro hace una faena aguantando, por naturales con la izquierda, en dos tiempos; de pecho, en redondo, trincheros y manoleteas. En cuanto iguala deja un estoconazo que basta. (Ovación y vuelta al ruedo.)

Cuarto. — Dominguín lo recibe

con una larga afarolada y es aplaudido. Después de dos varas y un reflonazo, Dominguín, a petición del público, banderillea y escucha palmas. Realiza una faena de alifio, en la que sobresalen algunos pases buenos, y mata de una estocada. (Ovación.)

Quinto. — Se tira un espontáneo, que es detenido. Pepín, al son de la música, pone dos buenos pares de banderillas, cerrando el de tanda. Pepín tiende a aliviar y mata de una estocada. (Aplausos.)

Sexto. — Aguanta tres varas y dos pares y medio de banderillas. Aguado de Castro, después de una faena torera, vistosa y valiente, mata con brevedad. (Ovación.)

Los novillos pesaron, en canal: 196, 207, 195, 165, 156 y 192 kilos. (Información gráfica en la página 23.)



Aguado de Castro

Cogida de Pepe Bienvenida en la tercera de la feria de San Fermín

Seis toros de doña Carmen de Fedrico para Ortega, Pepe Bienvenida y Belmonte.

Primero. — Buen tercio de quietes. Ortega lo toma con precauciones, por ser el toro de cuidado. Una entera y un descabello. (División de opiniones.)

Segundo. — Al lancear, cojea a Pepe, que es conducido a la enfermería. Ortega hace una gran faena, para media estocada fulminante. (Gran ovación, orejas y vuelta.)

Tercero. — Sale Bienvenida, cojeando mucho, y lancea valientemente, siendo muy ovacionado. Belmonte hace faena de agucante. Un pinchazo, media y descabello. (Palmas.)

Cuarto. — Ortega le hace una faena dominadora. Un pinchazo, media y descabello. (Aplausos.)

Quinto. — Buen tercio de quietes. Bienvenida hace una gran faena. Media estocada corta y acierta al tercer descabello. (Ovación, orejas, vueltas y salida a los medios.) Después, se retira a la enfermería entre ovaciones.

Sexto. — Belmonte se muestra apático. (Bronca.) Pinchazo y media delantera.

La primera de Pamplona

SEIS DE ESCOBAR
PARA
PEPE BIENVENIDA
EL ESTUDIANTE
MANOLO ESCUDERO
Cogida de EL ESTUDIANTE



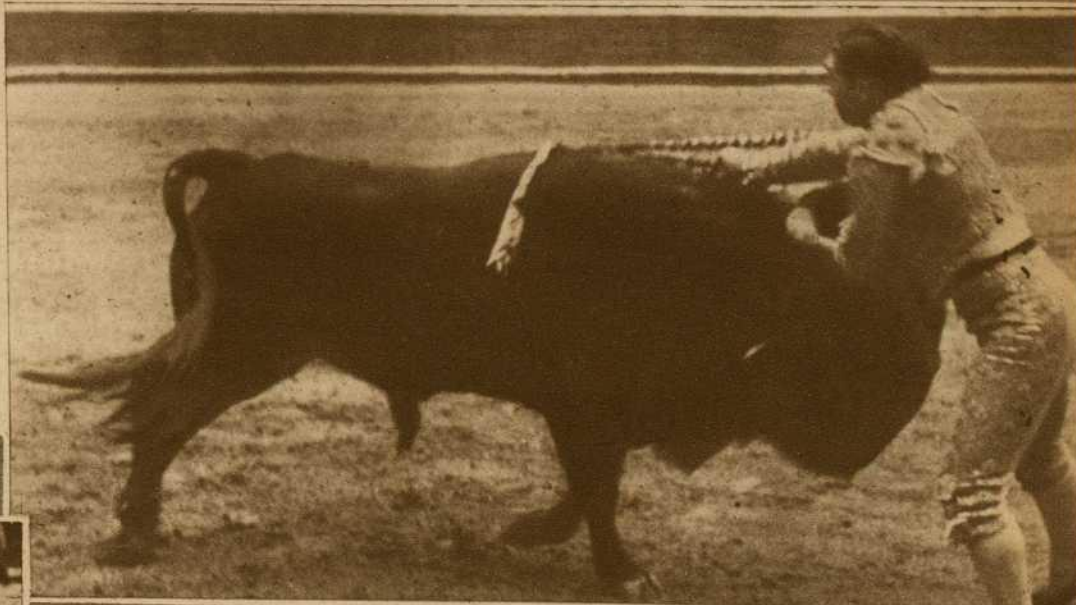
Un momento del clásico "encierro" de los toros de las corridas de Pamplona. La foto está hecha en la mañana del día 7, o sea, la correspondiente a la primera de las fiestas taurinas de San Fermín, y vemos en ella la popular algarabía de estos instantes de aparente peligro, y que, al final, todo queda reducido a un sano júbilo pamplonica



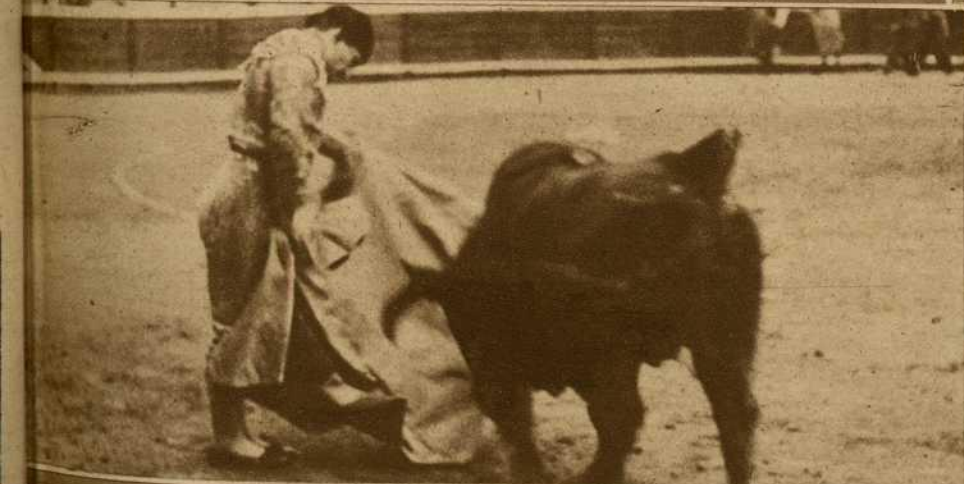
Pepe Bienvenida, El Estudiante y Manolo Escudero, los diestros de la primera de San Fermín, antes de la corrida



Los toros que se lidiaron la tarde del día 7, a su paso, en la mañana, por la calle de Mercaderes

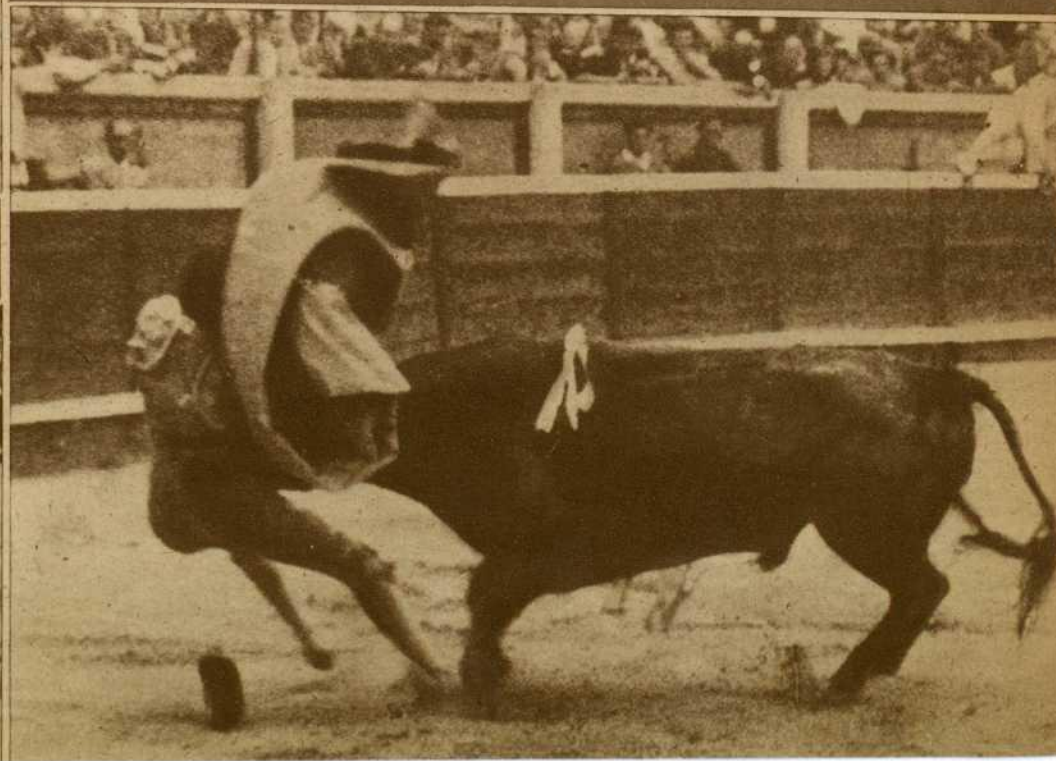
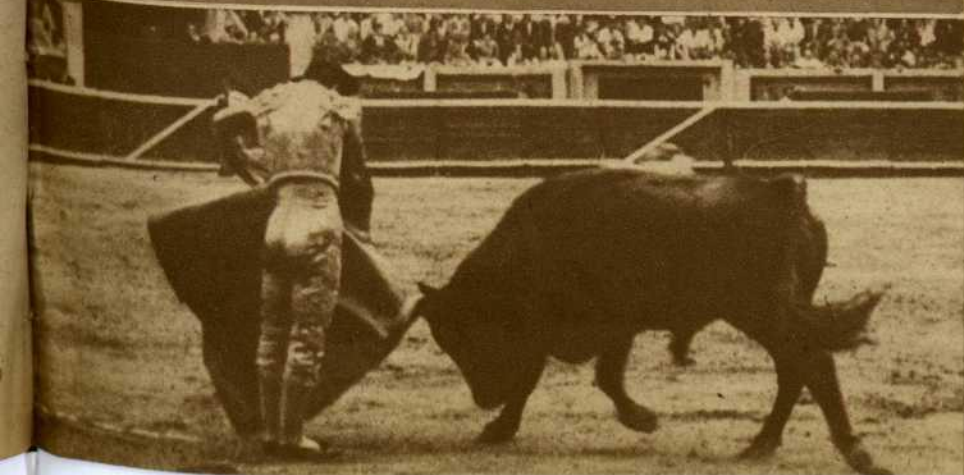


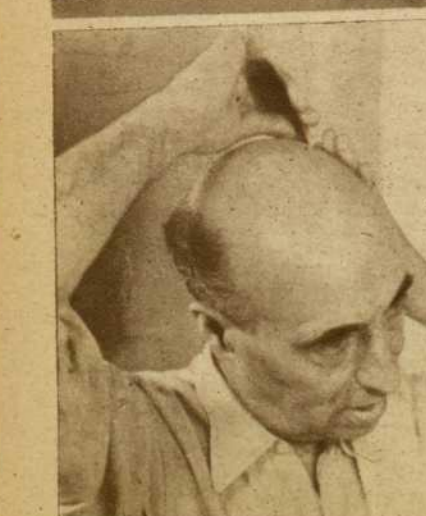
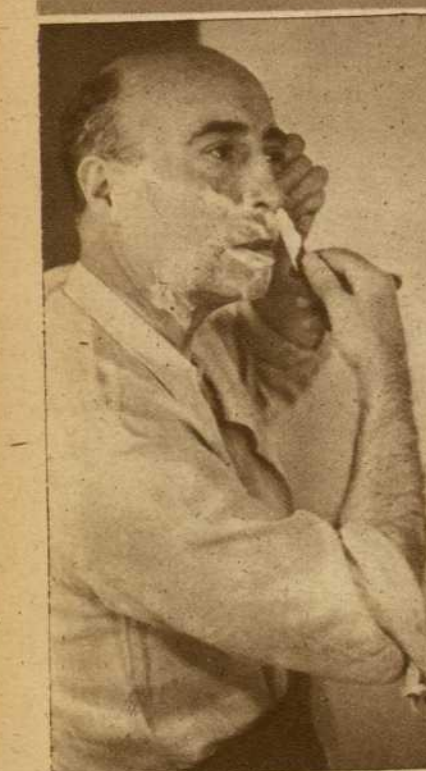
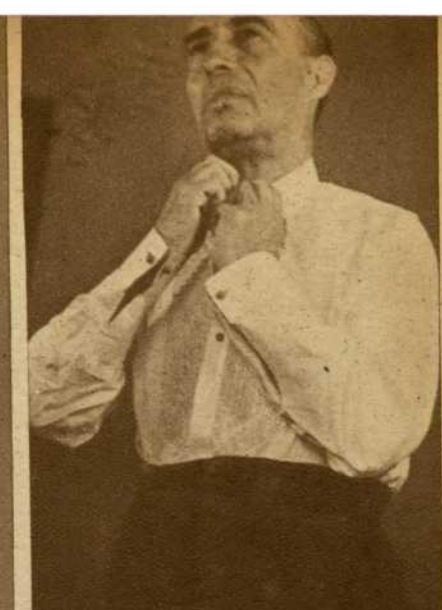
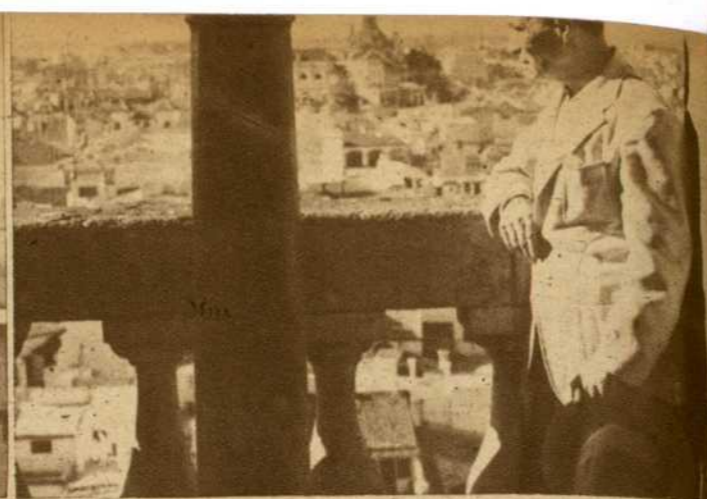
Pepe Bienvenida dando una gran estocada a su primer toro del día 7, al que cortó la oreja



Una verónica de Pepe Bienvenida en la primera corrida de Pamplona, en la que tuvo una lucida actuación. Abajo: Manolo Escudero, en un lance de capa

El Estudiante en el momento de ser cogido. Luis Gómez sufrió una cornada calificada de grave y de la que en la actualidad se encuentra en mejor estado. (Fotos Rafael.)





Los cuarenta y cinco años de vida torera de RAFAEL EL GALLO

El aprendizaje en GELVES y el escándalo en CORDOBA

El primer becerro y el primer revolcón



VAMOS a ver, Rafael, si empezamos ya a torrear.
 —¿Hay que ir a algún festival?
 —No es eso, sino que hasta ahora, en las conversaciones que hemos tenido, todavía no se ha puesto usted delante del toro.
 —Ni me ponga.
 —Eso me huele a respantás.
 —Es que antes me tengo que poner delante del becerro. De buenas a primeras, ¿quiere usted que me juegue la vida? Yo fui becerrista, después novillero y, por último, matador de alternativa. Porque antes las carreras no se hacían como ahora. Se llegaba al doctorado con la papeleta aprendida. El mismo Guerra no se doctoró sino después de muchos años de ir de banderillero en las cuadrillas de mi padre y de Lagartijo. Y aun así no faltó quien dijo que estaba «verde» para tomar la alternativa.
 —Conformes. Vámonos cómo y cuándo empezó usted a sentir la afición a torrear.
 —Esa la he tenido yo de siempre. Cuando apenas sabía andar ya toreaba... al aire. Y hacía unas faenas de apoteosis que causaban la admiración del vecindario. De manera que puede usted decir que yo he sido torero desde que nací.
 —Pero la primera vez...
 —Pues como no había manera de que yo pensara en otra cosa que en torrear, mi padre lo tuvo que tomar en serio, y para que se me quitaran las ganas me llevó a un tentadero y me soltaron una becerro de Pérez de la Concha para mí solito. Allí, con mi padre y otros señores de respeto viéndome, me hinché de torrear, hasta que el animalito se cansó de que le tomara el pelo y me dió un revolcón.

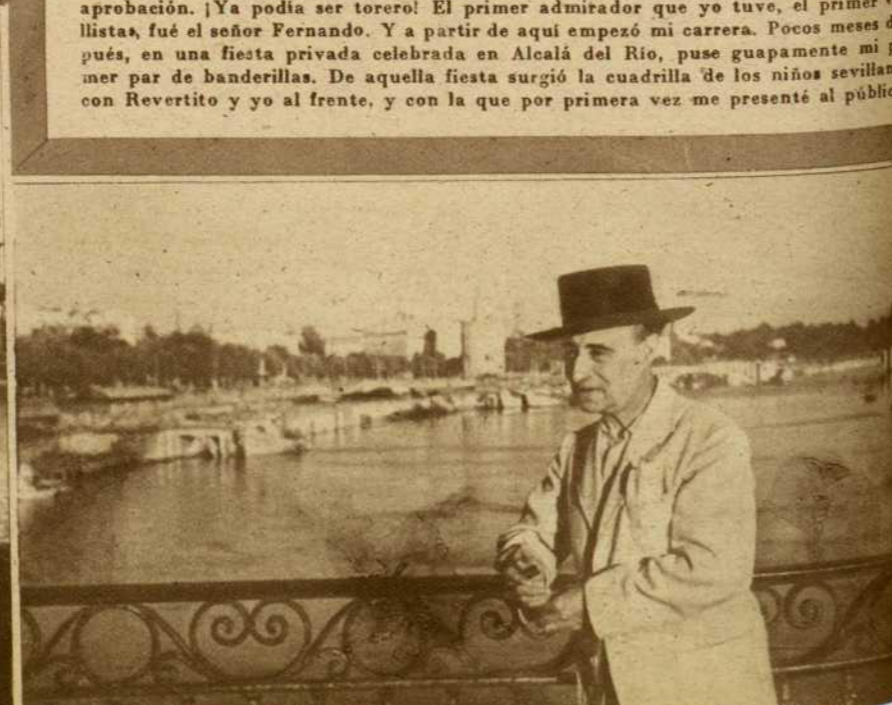
Mi padre me levantó del suelo y me llevó... al colegio. Yo tenía entonces nueve años.
 —¿Surtió efectos el revolcón?
 —De momento, sí. Durante algunos días me tuve retirado de la profesión. Pero en el colegio volvió a despertarse la afición de tal modo, que me escapaba cada dos por tres y me iba a los tentaderos. Mi buen padre no podía conmigo y, cuando se convenció de que yo sería torero o nada, se dedicó a darme lecciones en la placita que teníamos en Gelves.

En la placita de Gelves

Esta placita de Gelves, que el Gallo padre, ya retirado, hizo construir en su finca, fué, pues, la escuela de tauromaquia donde Rafael aprendió los primeros secretos de su profesión. Gelves está en una loma, a pocos kilómetros de Sevilla. A tan pocos, que se ven sus casitas blancas. Allí, en Gelves, nació Joselito y allí pasó sus últimos años el señor Fernando, que habría de acabar sus días hinchado, casi sin poderse mover, víctima de un ataque cardíaco, pocos meses después de que Rafael se vistiera por primera vez el traje de luces.
 En esta placita de Gelves recibió también sus primeras lecciones taurinas el otro hijo, Fernando, que actuó siempre de banderillero con Rafael.
 —Allí iba también a aprender un muchacho de mi edad a quien le llamaban el Peregrino. Y allí conocí yo a los grandes toreros de la época, que iban con frecuencia a entrenarse o a pasar el día en el campo con nosotros: Reverte, Fuentes, el Bomba, Montes...

Una fortuna en plata

Tres años estuve recibiendo Rafael las enseñanzas y los consejos de su padre, hasta que éste se decidió a hacer con el chico la prueba definitiva.
 —Me compró una becerrilla y la toré en la placita de Gelves. El examen fué tan brillante, que mi padre lloraba de emoción y de alegría. Mi faena había merecido su aprobación. ¡Ya podía ser torero! El primer admirador que yo tuve, el primer eguillista, fué el señor Fernando. Y a partir de aquí empezó mi carrera. Pocos meses después, en una fiesta privada celebrada en Alcalá del Río, puse guapamente mi primer par de banderillas. De aquella fiesta surgió la cuadrilla de los niños sevillanos, con Revertito y yo al frente, y con la que por primera vez me presenté al público.



—¿Ante cuál?
 —Ante el de Valencia, por deseo expreso de mi padre. El público valenciano estimaba mucho mi padre, que había oído allí muchas ovaciones y cosechado muchos éxitos. Lo mismo me sucedió a mí después, y por eso yo quiero mucho a la Sevilla del Mediterráneo, como yo le llamo. Es la Plaza que he torreado más a gusto... Pues, como le decía, en Valencia me puse por primera vez el traje de luces. Eso fué el 8 de abril de 1897. Catorce años tenía yo cuando gané el primer novillito torseando. Hubo un lleno. Se acabó el papel. Nos auxiliaron las cuadrillas de mi padre, de Reverte, que era tío de Revertito, y de Emilio Bomba. Tenía usted que ver a los tres, sentados muy juntos en el estribo, como tres catedráticos. ¡Era mucho tribunal! Nos causaban, a Revertito y a mí, un respeto imponente. ¡Como que de su fallo dependían nuestras ilusiones! Menos mal que estuvimos muy bien.
 —¿Y cuánto cobró usted?
 —Lo de cobrar fué una cosa emocionante. Terminada la corrida, en la fonda, después que nos quitamos los trajes de torrear, nos llamaron a Revertito y a mí. Sentados en una mesa estaban los miembros de nuestro tribunal. Para darle más ceremonia, nos hablaban de usted. Tenían preparados unos recibos. «Firmen ustedes aquí». Luego nos hicieron una pregunta que a la hora de pagar tenían siempre las Empresas: «¿Cómo quieren ustedes cobrar?» Revertito y yo nos miramos. Hasta que yo, a tono con la seriedad de la cosa, contesté: «En plata». Y nos soltaron cien machacantes cada uno. Aquello, entonces, me pareció un fortunón. Y lo mejor es que al cabo de los años me sigue pareciendo. Es decir, que yo, que he ganado y he gastado lo mío, que he cobrado miles de pesetas por una corrida, nunca he sentido la sensación de riqueza como cuando mi padre me puso la mano aquel puñado de plata, aquellos primeros duros que yo ganaba torseando.

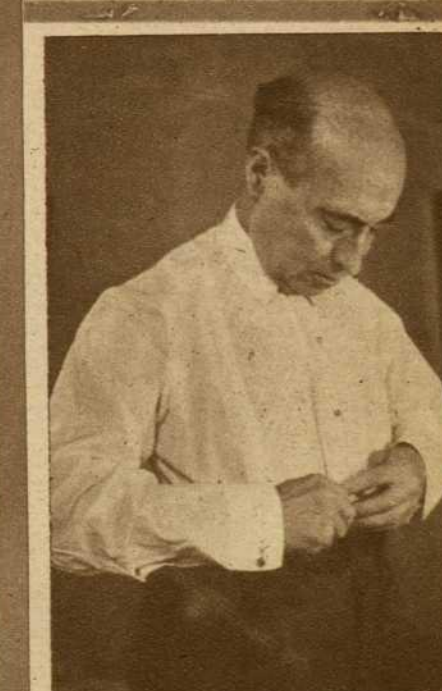
—¿Duró mucho su asociación con Revertito?
 —Duró unos meses. Después la cuadrilla la formamos Machaquito y yo, y más tarde se nos unió Rafael Molina, que era sobrino del Guerra. Era la cuadrilla de los Rafaelos: Rafael González, Rafael Molina y Rafael Gómez, aquí presente para lo que guste mandar. Después, se formaron la cuadrilla de los niños cordobeses y yo me uní con Algabeñito. La pasión de los públicos hizo lo demás. Era la competencia suada al desiderátum. Los sevillanos se metían con los niños cordobeses y los cordobeses se metían con los niños sevillanos. Yo fui a Córdoba y me tuvo que coger el Guerra para protegerme de los fanáticos. No podía ni asomarme solo a la ventana. Pero como en la Plaza había a salir el Guerra conmigo, no quiera usted saber el recibimiento que me hicieron al desfilar en el paseillo. Me dijeron de todo y me arrojaron de todo. Aquello fué el escándalo padre. Así, entre una de las broncas mayores que he oído en mi vida...
 —Y que las ha oído usted gordas.
 —No lo sabe usted bien. Pero en este caso era una bronca por anticipación, por aquella rivalidad entre los públicos. Yo no había hecho nada. Y entre la sinfonía de pitos y palabras, así de fuertes, me fui a brindar al Guerra con lo que el mitin llegó a lo indescriptible. Con la gente chillando que te chillaba y yo que me voy al toro, doy el primer pase... Mire usted, me quedé quieto, así... El Gallo se levanta, coge una servilleta de la mesa, todavía sin recoger, y repite aquel mismo pase que hizo enmudecer a los espectadores.
 —De repente se hizo el silencio. Le doy el segundo, así, y oigo algo como el ruido del oleaje lejano. Y le doy el tercero, así... ¿Lo ve usted?
 —Exactamente igual que si hubiera estado en barrera.
 —Bueno; pues al tercero se vuelve a armar el escándalo, pero al revés. La tempestad en forma de aplausos y oles. Y ya, a partir de ahí, la borrachera, la tintemerata. Me lo pasó así... y así... y así... Y me quedé con el público. ¡Qué triunfo!
 —Vaya en compensación de cuando le han echado a usted toros al corral.
 —Eso es otra leyenda. A mí, en toda mi vida torera, no me han echado más que cuatro toros al corral.
 Después de esta declaración, hecha con una formalidad que no daba lugar a la placita, me quedé sin hablar.

Los dos escándalos de Córdoba

—¿Duró mucho su asociación con Revertito?
 —Duró unos meses. Después la cuadrilla la formamos Machaquito y yo, y más tarde se nos unió Rafael Molina, que era sobrino del Guerra. Era la cuadrilla de los Rafaelos: Rafael González, Rafael Molina y Rafael Gómez, aquí presente para lo que guste mandar. Después, se formaron la cuadrilla de los niños cordobeses y yo me uní con Algabeñito. La pasión de los públicos hizo lo demás. Era la competencia suada al desiderátum. Los sevillanos se metían con los niños cordobeses y los cordobeses se metían con los niños sevillanos. Yo fui a Córdoba y me tuvo que coger el Guerra para protegerme de los fanáticos. No podía ni asomarme solo a la ventana. Pero como en la Plaza había a salir el Guerra conmigo, no quiera usted saber el recibimiento que me hicieron al desfilar en el paseillo. Me dijeron de todo y me arrojaron de todo. Aquello fué el escándalo padre. Así, entre una de las broncas mayores que he oído en mi vida...
 —Y que las ha oído usted gordas.
 —No lo sabe usted bien. Pero en este caso era una bronca por anticipación, por aquella rivalidad entre los públicos. Yo no había hecho nada. Y entre la sinfonía de pitos y palabras, así de fuertes, me fui a brindar al Guerra con lo que el mitin llegó a lo indescriptible. Con la gente chillando que te chillaba y yo que me voy al toro, doy el primer pase... Mire usted, me quedé quieto, así... El Gallo se levanta, coge una servilleta de la mesa, todavía sin recoger, y repite aquel mismo pase que hizo enmudecer a los espectadores.
 —De repente se hizo el silencio. Le doy el segundo, así, y oigo algo como el ruido del oleaje lejano. Y le doy el tercero, así... ¿Lo ve usted?
 —Exactamente igual que si hubiera estado en barrera.
 —Bueno; pues al tercero se vuelve a armar el escándalo, pero al revés. La tempestad en forma de aplausos y oles. Y ya, a partir de ahí, la borrachera, la tintemerata. Me lo pasó así... y así... y así... Y me quedé con el público. ¡Qué triunfo!
 —Vaya en compensación de cuando le han echado a usted toros al corral.
 —Eso es otra leyenda. A mí, en toda mi vida torera, no me han echado más que cuatro toros al corral.
 Después de esta declaración, hecha con una formalidad que no daba lugar a la placita, me quedé sin hablar.

(Fotos Luis Arenas)

RAFAEL MARTINEZ GANDIA



Sobre el tecnicismo

Las cosas... taurinas

Por DON INDALECIO

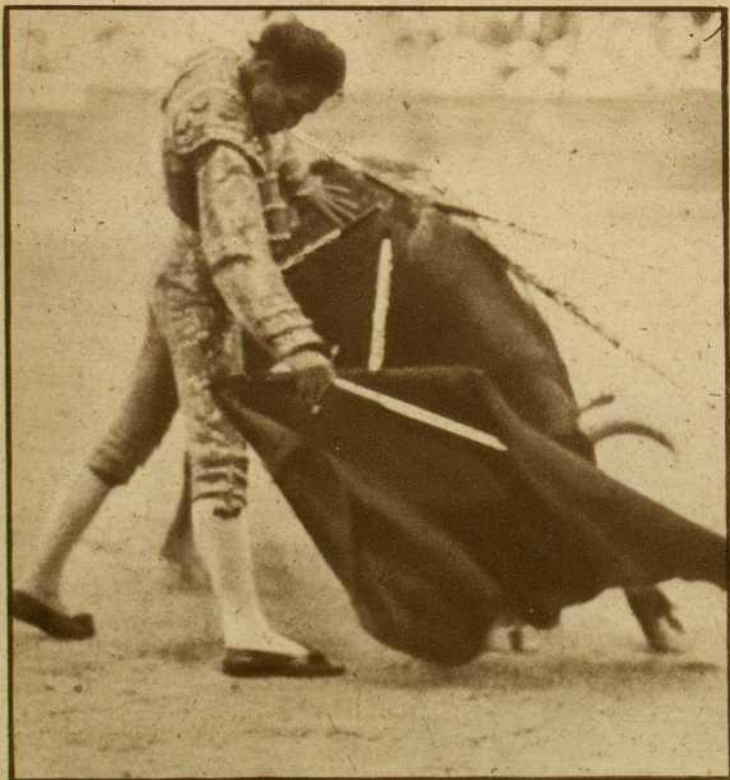


UN artículo suave, rítmico, sin crispaciones, ajeno al «derechazo», modelo de la difícil facilidad de los maestros en un arte o en un oficio, titulado «Las cosas» y firmado por «Azorín», me abre las puertas del patio de cuadrillas para que pueda dar mis primeros pasos por EL RUEDO y hablarle a sus lectores de «Las cosas... taurinas», para diferenciarme del literato de Monóvar cuando prendía, recientemente, la admiración de sus lectores al hablarles de «Las cosas» a secas. Y «cosas» son los adecuados nombres que tienen aquéllas para designarlas sin rodeos ni perifrasis. «Sin cosas» dice «Azorín»—no hay espíritu.

No conoceremos el alma de una nación si no sabemos los nombres de las cosas. De las cosas, conociendo sus nombres, podemos elevarnos al conocimiento del espíritu. Desconfiamos del patriotismo que se basa en abstracciones y no en las realidades tangibles. En nuestro amor a las cosas, las cosas de España, quisiéramos que todos los escritores las conocieran; no es posible el conocerlas, entera y verdaderamente, sin tener en la memoria el repertorio léxico de esas cosas.

Arrimaré el ascua a mi sardina. ¿Es posible al crítico de toros desconocer el tecnicismo de la fiesta que describe? Ya sé que esto del tecnicismo taurino es cosa de mucha risa para muchos que de la fiesta española han de ocuparse. De esos muchos, unos cuantos porque así noblemente lo entienden; y de esos muchos, la mayoría, por análoga razón en la que se apoyaba «Don Simplicio Majaderano y Cabeza de Buey», el personaje de la obra de magia, para renunciar generosamente a la mano de «Doña Leonor»; renunciaba a ella, porque la tal no le quería. Y a la técnica taurina renunciaban críticos por manojos en vista de que la técnica no les es propicia por la sencilla razón de que nunca la estudiaron.

Para viajar por un país extranjero no es imprescindible del todo conocer el idioma propio de la nación por donde se viaja. Con moneda de curso legal en el bolsillo, un leve gruñido lanzado a tiempo, y un dedo índice que señale lo que se exhibe en un escaparate o en un mostrador, permiten al desconocedor del idioma no quedarse en ayunas cuando la llamada del estómago señala mejor que las manecillas del reloj la hora de comer. Lo mismo puede hacerse para reseñar un espectáculo taurino. Si no estuviéramos en tiempos de toros todos negros y de faenas «standard», diríamos, como ejemplo, que al redondel había saltado un toro blanco, blanco, como la nieve alpina. El revistero, afilado el lápiz con un puñado de cuartillas sobre las piernas, describe de esta manera: «Primero. Es un toro blanco, muy fino de agujas. Un compañero de localidad asegura que este toro blanco es bizco, pero yo, ni mirando con prismáticos, puedo asegurar que exista semejante defecto visual. Ni siquiera puedo apreciar



Dos pases del malogrado Gitanillo de Triana.—Arriba: Un extraordinario ayudado por alto.—Abajo: Un natural con la derecha, con aquel clásico estilo del toreo de Curro Puya

de qué color tiene los ojos. Esto de asegurar que un toro es bizco me parece afinar demasiado. ¿No les parece? Y si al camino de un crítico así sale el aborrecido «técnico» para ponerle los puntos sobre las íes, diciéndole que, en buena técnica, no hay toros «blancos» sino «sensabanados», que las «agujas» no son en el toro finas ni gruesas, sino altas o bajas, y que lo que él quiso decir fué «afiladas», y que los toros no son bizcos por los ojos sino por los cuernos, se retirarán del técnico, y se saldrán por peteneras como cualquier «cantaor» de flamenco, con desprecio olímpico hacia la técnica en tauromaquia.

—Decídme, niño: ¿Qué es esa zarabanda que hace Chicuelo con el capote!

—Esa pregunta es fácil, señor maestro. Si lo hace Chicuelo, será una chicuelina.

—¿Y eso que hace Manolete!

—¿Qué ha de ser, señor! Una manoletina.

—¿Y si da un pase mirando al público y despreciando al toro, como si no fuera con él la cosa, también se llamará manoletina!

—No. Evitemos las repeticiones. ¿No dice usted que da el pase con desprecio! Pues llamémosle «despectivina».

Y así, así, hasta poner el signo del infinito en la definición de las suertes. ¿Y de eso de los pases naturales con la derecha, conocidos con tal nombre desde la publicación de la Tauromaquia de Montes, por lo menos, pero a los que muchos han puesto el veto como moderna herejía, y de ahí lo del «derechazo», que indica violencia, o lo todavía peor de «ayudados»? Sin ir más lejos, en estas mismas columnas, en el número 2, un gran torero que fué uno de mis mayores admiraciones y debilidades, y a quien siempre traté con mimo y regalo en mis críticas—¡es mentira esto, amigo Antonio Márquez!—, nos sale con la afirmación de la inexistencia del pase natural con la derecha, y explica: «Cuando yo toreaba se llamaba solamente pase natural al que se daba por bajo, con la mano izquierda, aunque a veces el torero lo realizara sin mucha naturalidad precisamente. Los que se ejecutaban con la mano derecha se denominaban ayudados, por el hecho de llevar la espada en la misma mano».

¡Oh, desilusión! Antonio Márquez repudiando a su propio y magnífico pase natural con la derecha, modelo de temple, de suavidad... Y por contera, metiéndonos en ese lío de que los pases ayudados son aquellos en que la muleta y el estoque están en la misma mano—la derecha—. En sus tiempos podría él y sus compañeros llamarlos así, con el mismo derecho que hoy pueden llamar Carrera de San Jerónimo a la calle de Alcalá. Pero en esos «ayudados» de la definición de Antonio Márquez, ¿dónde está la ayuda con arreglo al idioma español! Ayudados se llamaron antes de Márquez, durante Márquez y después de Márquez, aquellos en que la muleta—sostenida con la mano izquierda—recibe la ayuda del estoque para extenderla y así dar el pase por alto, por bajo o a la altura normal, este último en la forma que lo daba Joselito y ahora Pepe Luis, y a los que llamamos, para «echarle literatura» a la revista, pases del «kikiriki». Un ejemplo de pase ayudado, amigo Antonio Márquez: Coja usted el número 2 de EL RUEDO, busque entre sus páginas una información titulada «Del Carbonerito a don Antonio Márquez» y en ella verá, como ilustración, un pase ayudado por alto, «de los míos», no de los de Márquez: la muleta en la mano izquierda y el estoque en la derecha, que es donde siempre ha de llevarse el estoque, so pena que el matador fuera zurdo. Y ese pase que no es de usted, sino mío, no lo doy yo—¡hasta aquí podían llegar las bromas!—, lo da el ex Carbonerito. Esto es, ¡don Antonio Márquez!

En fin, no nos pongamos demasiado serios. ¿Sirve para algo el tecnicismo taurino? ¡No sirve! ¿Es una antigüalla! Pues vamos a suprimirlo. Sería una supresión más. Se suprimió el traje cortó, se cercenaron las coletas, los picadores van a la plaza en tranvía, a los toros se les suprimieron los cuernos y se les injertaron plátanos, el Albalcín sale vestido a los ruedos con ternos de «naturaleza muerta»; cualquier día, un gran torero que tenga calor, hará sus faenas en mangas de camisa. En plan de novedades, yo he visto, mejor dicho he oído, cómo un presidente de plaza francesa no agitaba un pañuelo para ordenar el cambio de tercio; sencillamente, pulsaba un timbre. Después de esto, ya, ¡que se hunda el mundo!

Con toda esa lista de supresiones que antecede, ¿cómo tomar en serio que tantos y tantos críticos y aficionados arrojen despectivamente al suelo, como hacen los espadas con las orejas discutidas, todo el antiguo y clásico tecnicismo taurino? No; el tecnicismo taurino ya no hace falta. Y bien venidas sean para enriquecer el léxico las orteguinas, las manoletinas, las segovianas, y...

—¡Ole, bravo, bien! ¡Bonito lance de capa!

—Sí, en verdad, es bonito. Pero, ¿cómo se llama ese lance!

—¿Cómo se ha de llamar, alma mía! No ve usted que lo está ejecutando el Niño de las Coletas! Pues se llamará una «niñodelascalcoletinas».

Temas taurinos

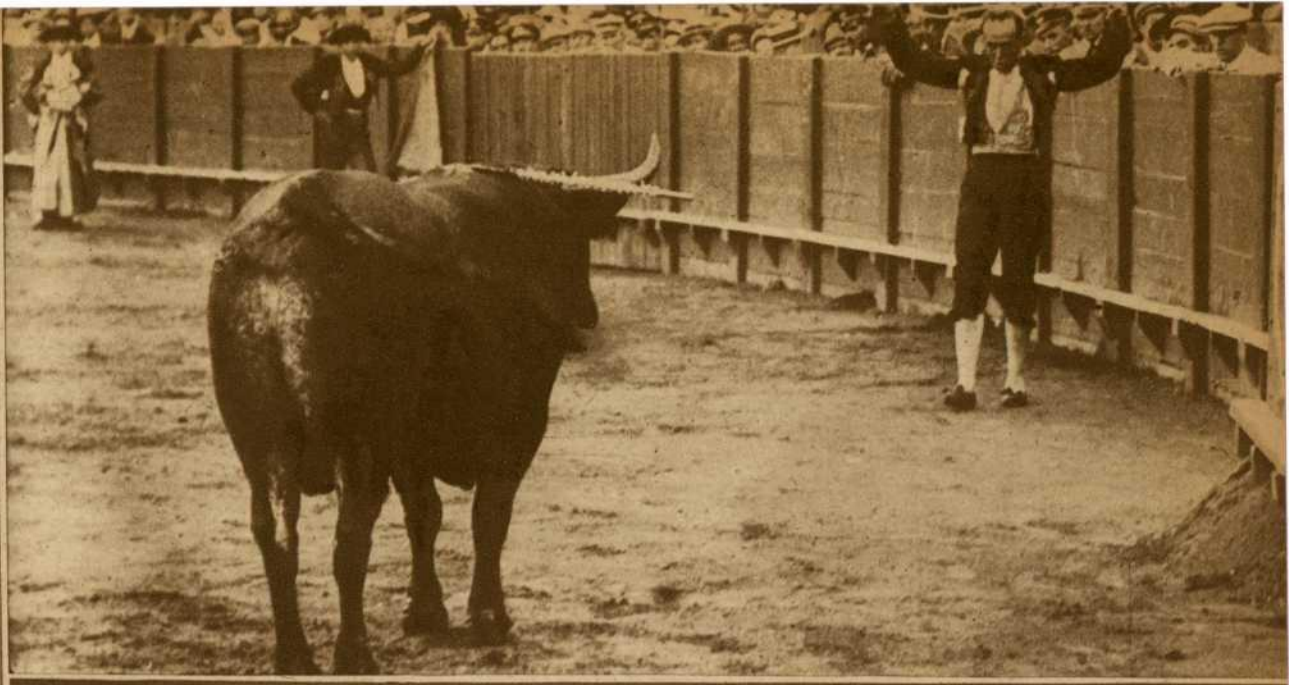
LA SUERTE bella e inútil

Por FELIPE SASSONE



D IJE al acabar mi artículo anterior, que había escuchado en el aire el toque de clarín para cambiar el tercio. «Cambiar el cuarto»—diremos ahora—; y a un aficionado clásico le parecerá justamente horrible la expresión. Lo cierto es que se van los garrochistas, el palo largo, y salen los rehileteros, los palos cortos guarnecidos de papelillos multicolores, cuando no con bullones y lazos de seda si son banderillas de lujo, y rematados por sendos arpones. El arpón, claro está, sirve para que el palo quede prendido en el morrillo del toro y lo «adorne». Alguien dirá que también es «castigo». Y yo me pregunto: ¿Castigo el arpón después del puyazo? ¿Qué daño hace una flecha poco penetrante después de un lanzazo? Porque lanzas son en verdad las garrochas de hoy. ¿Qué importa el pinchazo de un alfiler después de una puñalada? Las banderillas son en todo caso mortificación para el toro; pero no castigo eficaz, por más que los aficionados tradicionalistas hablen de pares de castigo cuando los palos se quedan enhiestos y juntos en lo más alto del morrillo. El aficionado tradicionalista se enfurruñará si le digo, pero no tengo más remedio, que la suerte es casi del todo inútil y muchas veces perjudicial. Argumentará que el castigo de los arpones viene a sustituir la falta de puyazos. Ad-

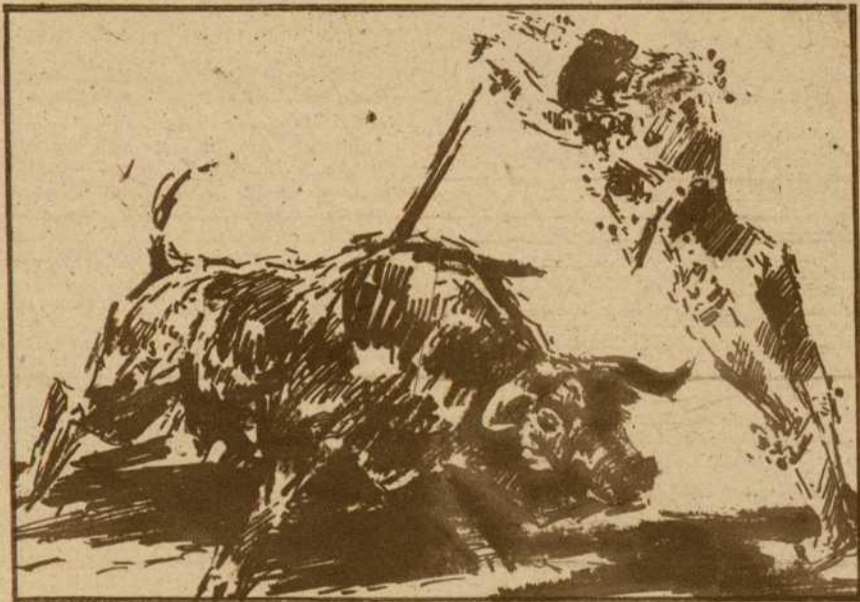
mitiendo esto, se trataría de casos excepcionales y aun no se podría justificar la necesidad constante de la suerte de banderillas en el toro bien picado. Al toro que no toma varas se le quema; las banderillas de fuego agujerarán al toro, le enardecerán un momento; pero luego seguirá tan manso como al principio. En realidad, las banderillas de fuego sólo significan castigo contra el ganadero; sanción moral, estigma—si así puede llamarse—que cae sobre el hierro y la divisa. Todavía insistirá el aficionado conservador en que por la suerte de banderillas el toro salta y «se rompe», y dirá que ello da tiempo a que el enemigo cambie y modifique sus condiciones a lo largo de la lidia. Convengo en que este caso se da a veces, y así hemos visto toros, de Miura principalmente, que cortaban el terreno en banderillas—y ésta era una de las características de la célebre vacada—y llegaban después suaves, embistiendo derecho, hasta pastueños, a la muleta. Pero no hemos de atribuir esto al castigo de los arpones, sino al hecho de que el matador se quedase solo con el toro. En esta soledad del combate singular estriba el secreto de las buenas faenas de muleta. El color más encendido del trapo—los toros también discurren, aunque no hablen, y su acción nos revela su discurrir—le da la sensación de que se halla ante un enemigo nuevo, de quien no ha recibido castigo alguno, y acaba por embestirle franca y resueltamente, porque está solo con él, porque no tiene otro incentivo que le llame la atención, porque no se ve rodeado de enemigos múltiples que le acosan y hostigan por todos lados y le obligan a desparramar la vista y defenderse. Además, el cambio del toro durante la suerte de banderillas, me refiero a su modo de embestir, puede constituir todo lo contrario que una mejora: la mala colocación de los palos, muy traseros o muy delanteros, en los costillares o en las orejas; la necesidad que siente el animal de librarse del estorbo; el exceso de capotazos para ponerlo en suerte; las pasadas en falso, sin clavar, descomponen la cabeza de la res, multiplican hachazos y derrotes; «la avisan», la hacen de «sentido» y la llevan en condiciones peligrosas, de reserva, defensa y agresividad intempestiva y aviesa, e bien, sobre todo pronto, por de los peones: el de que: *Para el buen banderillero hay toros en todas partes, sin preparativos ni capotazos.*



Ignacio Sánchez Mejías citando a banderillas para plantar uno de aquellos famosos pares de dentro afuera

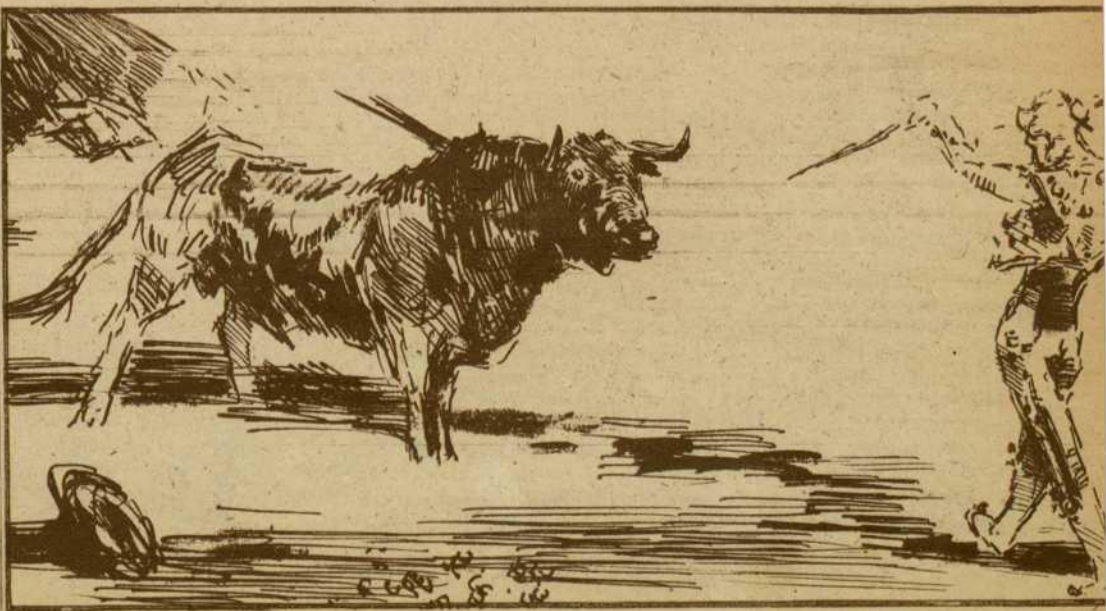
Según esto, ¿bogo yo porque la suerte de banderillas se suprima? Eso, no. Pero creo que el matador, a quien no puede, desgraciadamente, confiársele el cambio de la suerte de varas, porque en ello cabría malicia interesada por su parte, es el único que puede mandar en la suerte de banderillas, y cambiarla a su placer, y decidir si le conviene que el toro que ha de matar sea banderilleado poco, mucho o nada, y llegue a sus manos inmediatamente después del puyazo. Pero suprimir del todo la suerte, no; porque es de las más bellas y airosas de la fiesta; la única en que el lidiador va a cuerpo limpio, y los «cites», el «alegrar», el andar o correr hacia la fiera—paso de gavota y minué del «cuarteo»—y la conjunción de la suerte, y el escorzo para esquivar el embroque, y la disposición de pies y brazos del banderillero al clavar, todo eso forma con el toro el friso animado más bello de toda la danza de arquitectura viva que da ritmo, gracia y prestigio al arte del torero.

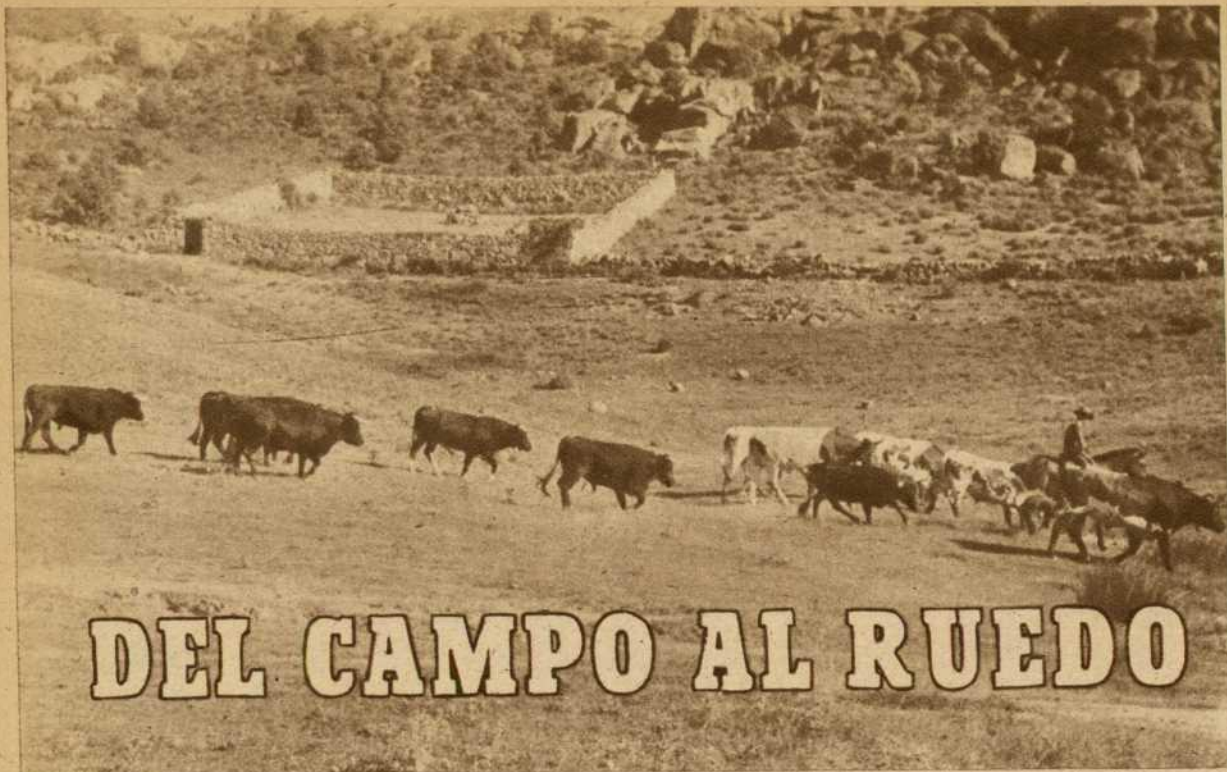
Ya han tocado a banderillar. Supongamos, lector, que tú y yo somos los banderilleros. Ante todo, no ha de parecerse bajo el mester: Manuel Machado, el gran poeta, dijo en uno, como suyo, magnífico poema, que su ilusión era haber sido un buen banderillero. Podremos banderillar, armonizando nuestro gusto con las condiciones del toro, al quiebro, a topacarnero, de frente, al cuarteo, al sesgo, de poder a poder, cambiando los terrenos, con los terrenos ya cambiados, al relance, al revuelo de un capote, al recorte, a media vuel-



ta... y ya estudiaremos todas estas suertes en la próxima crónica. Pero, dirá de repente el lector, ¿para qué vamos a empeñarnos en algo que usted juzga inútil? ¡Ah, no importa!—insisto yo—. Inútil, pero bello; la verdadera belleza es casi siempre inútil. Inútil es la suerte de banderillas; pero inútil es también la estatua, el cuadro, el friso, la cenefa, la piedra preciosa, el perfume, el beso y la flor.

Un gran par de banderillas de terrenos cambiados del gran rehiletero Ignacio Sánchez Mejías





DEL CAMPO AL RUEDO



Los garrochistas y el vaquero llan un pitillo antes de comenzar la faena.

II

En la serenidad de la mañana campera sólo turban el silencio con sus graznidos esos avechuchos que merodean alrededor de los toros para hacer festín de insectos sobre la mesa de sus lúcidos manteles de brillante cuero, y el lento y monocorde tintineo de cencerros—barboquejo de los cabestros—que tienen en acatamiento y servidumbre a la torada. No se olvide que los grajos ponen siempre su divisa blanca y negra sobre el lomo de las reses mucho antes de que éstas lleguen a los chiqueros de las plazas donde se han de lidiar.

La convivencia con el peligro da a los hombres, no ya modales de cortesia, sino aires de nobleza. Es ese caballero artesano con quien tantas veces os habréis encontrado a lo largo de los caminos de España.

—¡A la paz de Dios! No hay novedad, mi amo. Este es el saludo del mayoral, hombre septuagenario que, sin embargo, conserva un aire juvenil y una agilidad envidiables.

—Usted dispondrá cuándo comenzamos la faena.

—Pronto, que a las once tienen que estar los toros en el embarcadero—le responde el propietario de la ganadería.

—Pues andando.

Audazmente, todos los invitados al espectáculo—espectáculo y de los más interesantes del proceso taurino—nos adentramos en el cerrado. A nuestros pies una alfombra de escarcha con frondoso tejido de hierba nos habla de la suculencia pastueña que regodea a la vacada. Caminamos con ese recelo lógico que nos acerca a lo desconocido. Allí, muy próximos, casi a unos veinte metros de distancia, en apretado haz, están los toros bravos diestramente arropados por la magnífica parada de bueyes.

—Pero, ¿vamos a seguir?—dice el más pusilánime de la comitiva.

—Es verdad—comenta otro—. A Manolete, por estar un poco más cerca, le dan veinte mil duros.

—No se preocupen ustedes, que aquí los toros no hacen más—arguyó el mayoral con absoluta convicción.

Y continuamos nuestra marcha persuadidos de que cuando el mayoral le decía...

AQUEL TORO NEGRO...

Tan próximos estábamos ya a los cornúpetos que, sorprendidos, hicieron un alto en su yantar para mirarnos con absoluto desprecio. Parecían decirnos: «¿A qué venis aquí? ¿Y si cualquiera de nosotros nos arrancáramos ahora? ¿Qué sería de vosotros, desdichados?»

Tenían razón, porque si su actitud hubiera sido agresiva, nuestro mal no hubiese tenido remedio. Ni una endeble talaquera, ni un burladero, ni siquiera la cruz de una encina para esquivar la acometida. Nuestra vista no alcanzaba a ver el refugio salvador. Sólo confiaban nuestras «aptitudes taurinas» en la sentencia del mayoral. «Aquí no hacen más los toros».

Sin embargo, nos acordamos con mucho gusto de ese capote que en las plazas emplean algunos peones con malas artes para descornar a los toros contra las tablas.

En esto recapacitábamos cuando el mayoral, sentencioso, nos dijo:

—¿Se han fijado ustedes? Aquel tozo negro se ha separado del grupo y muy despacio va dando la vuelta alrededor de la casa del vaquero. Saldrá por aquí, y como va solo les advierto que corren peligro. Procuraré evitarlo.

Inútil parece decir que los cabelleros se nos pusieron de punta. Esperábamos con verdadera zozobra la aparición del toro negro por detrás de la casa cuando, en efecto, la res hizo su aparición.

Venía pausada, majestuosa, desafiante... De pronto, engatilló toda su corpulencia bovina y nos echamos a temblar, disimuladamente, como azogados. Entonces comprendimos que lo que se le paga a Manolete y a Pepe Bienvenida, y a Belmonte, y al Estudiante, y a Pepe Luis Vázquez, y a Pedro Barrera y a tantos otros toreros que se acercan tanto a los toros, es una verdadera miseria, puesto que el mérito grande estriba en que los diestros se aproximen a los toros, no en que los toros se aproximen a los diestros.

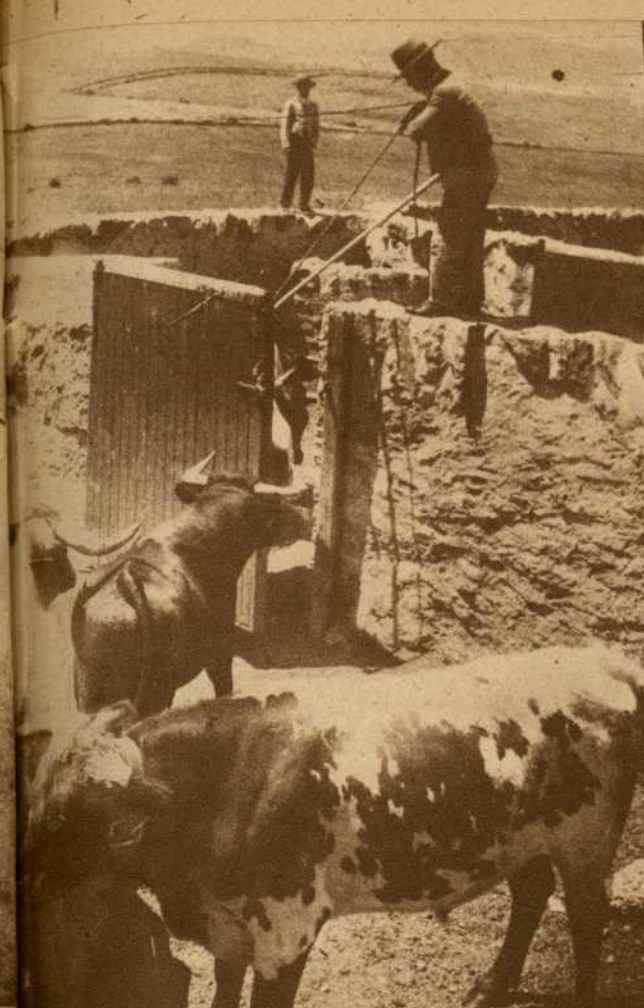
A nosotros, que nada habíamos hecho para merecerlo, se nos acercó el toro; pero los mayorales de las ganaderías tienen para las reses que cuidan y vigilan un lenguaje tan especial, un idioma o dialecto taurino



El ganado espera en la corralita.



Un buen mozo pidiendo pelea.



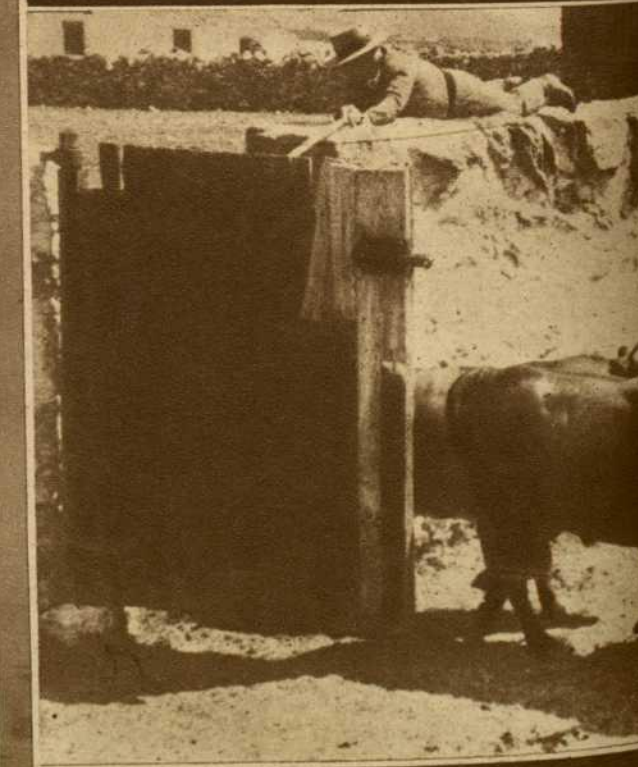
Momento de abrir una de las puertas.



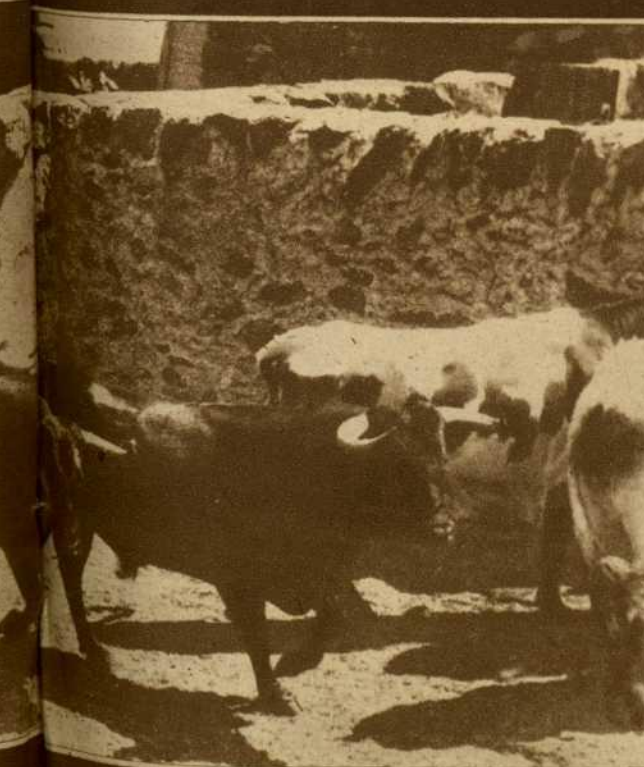
Después del apartado, camino de la cañada.



Los toros, camino del embarcadero.



Las reses entran recelosas en la corraliza, desde donde



pasarán a los chiqueros para ser encajonadas. (Fotos Zarco.)



Un alto en el camino.

LA SENSACION DE MANSEDUMBRE QUE DAN LOS TOROS BRAVOS EN EL ENCERRADERO ES EXTRAÑA E INQUIETANTE

tan convincente, que con unas cuantas palabras que nosotros no comprendimos, pero que fueron emitidas en tono imperativo, la fiera volvió junto a sus hermanos con la mansedumbre de un cordero.

Entonces respiramos a pleno pulmón y nuestras ideas eran ya distintas. Pensábamos, para nuestros adentros: «¿Por qué el mayoral de una ganadería y los vaqueros no cobran más que Manolete y Domingo Ortega? ¿Quién podría mejorar aquel quite a cuerpo limpio que nos hizo el mayoral de la ganadería?»

LOS CABALLOS AGUARDAN A LOS GARROCHISTAS PARA APARTAR EL GANADO

Ya alumbra con fuerza la lámpara del sol cuando comienza la faena del apartado. Están ensilladas hasta media docena de jacas camperas. Los garrochistas cabalgan ya sobre las suyas, pero hay invitados que quieren participar, con anhelo de emociones nuevas, en suerte tan arriesgada. Y el titubeo no se hace esperar demasiado tiempo. El peligro presunto pone un punto de prudencia en la decisión, y por fin asumen la tarea el ganadero, el mayoral, tres garrochistas y una dama intrépida, consumada amazona además, que indudablemente siente la voluptuosidad del riesgo.

Voces, agitado sonar de cencerros, raudos galopes de caballos... Los toros, atemorizados, buscan la huida marchando rápidos entre la barahunda de garrochistas y cabestros hacia el otro extremo del cerrado. Allí, garrocha en ristre, les cortan la salida a las reses que son elegidas para embarcar. Lo difícil de la faena es lograr que vuelvan al grueso de la ganadería cuando están apartadas, y esto se consigue a fuerza de destreza y audacia en los jinetes y de nervio y agilidad en las patas de las cabalgaduras, que han de recortar a las reses a todo galope.

EL AISLAMIENTO DE LOS TOROS

Ya está conseguido el aislamiento de los toros que tienen que emprender el camino hacia el embarcadero. Son los predestinados a morir en breve plazo. Sus hermanos, que indiferentes han vuelto a hundir los dilatados belfos en la fresca hierba, después de la momentánea agitación recobran su apacibilidad extraña, que cualquiera confundiría con una mansedumbre auténtica.

Sólo los bueyes, con su picardía, parecen conocer el destino de aquellos toros bravos a quienes tantas veces tuvieron a raya. Y dan brinco inverosímiles que suponen desbordante contento cuando su engaño, en colaboración con el de los hombres, lleva ya a la corrida, bien arropada, cañada adelante.

A LA VISTA DEL EMBARCADERO

Allá, en la lejanía, un pequeño núcleo de chatos edificios se columbra. Nos separan tres horas del lugar donde han de ser encajonados los toros. Zarco, el gran fotógrafo, y el autor de esta crónica, preferimos la comodidad del automóvil, que nos llevará por carretera rápidamente para esperar allí la corrida, al aspeamiento que nos produciría una caminata en seguimiento de los toros. Sin embargo, Bellón prefiere esto último. Su afición enorme no quiere perder detalle en la ruta, y a pie forma parte del cortejo.

Al cabo del tiempo previsto, un torbellino de polvo, que es el sudario que el campo pone como despedida y ofrenda a los toros que se criaron en él, nos anuncia la llegada. Ladridos de perros golfos y otra vez voces de garrochistas que galopan velozmente y bronco sonar de cencerros.

La corrida ha llegado a la gran corraliza. Muy pronto la mirada fiera y brillante de las bestias se apagará en las tinieblas de una angosta caja para volver a destumbrarse con la luminosidad dramática que reverbera el arbero de una plaza de toros.



La señora de Gómez Beare, el periodista señor Bellón y nuestro colaborador Miguel Ródenas conversan tranquilamente a unos pasos de los toros.

No se habla de otra cosa...

Por JOSE VICENTE PUENTE



Manolete

Si se cogiese al toro de la metáfora por los mismísimos cuernos; se doblase humilde al áspero lenguaje; se templase la frase, midiendo la palabra, el verbo, el adjetivo, haríamos con la pluma lo que él hace con su muleta. Y así tendríamos la prosa llena de esa extraña mezcla de suavidad y dureza; del colorido sobrio, del señorial...

“Nunca se ha torreado así”; parece el lema y la consecuencia toda. Volveríamos a la discusión de pescadilla frita, porque al final se muerde la cola, de que si las varas, el peso, las astas, los cinco años... Y caeríamos en la mixtificación de lo lejano y lo ausente. Buenos tópicos de pazguatos y de papanatas, porque los que vivieron para ver aquello y estar hoy a nuestro lado, incluso los que fueron protagonistas, los que saben en el dolor de su carne la dificultad y recuerdan estremecidos el aplauso, están de acuerdo: “Nunca se ha torreado así...” Que no le vengan ahora a nuestra generación con historias que no vimos, como no vamos a creer que los que se encerraron en Numancia son superiores a los que aguantaron en el Alcázar. Que no se nos diga más ese estribillo que empieza con el aquél y el aquéllos. Nosotros nos sentimos muy conformes con que nos haya tocado este tiempo taurino y ser contemporáneos de este gran torero. Desearíamos poder comparar por el recuerdo y la memoria, mas ya que no podemos, y como nunca fuimos iconoclastas ni nos creímos el centro de la verdad, día a día a ese viejo aficionado a quien se le respeta en su tradicional abono; a los que llevaban años alejados de los ruedos y el imán de Manolete les ha devuelto al graderío; a los que, por su profesión y vocación, viven en torno a nuestra fiesta nacional, les preguntamos su valiosa opinión. Y es unánime: “Nunca se ha torreado así...” Ya está bien, amigos, ser nosotros, en nuestros días, los que disfrutemos de esta suerte taurina. Y ya—desde el jueves—ampliada a la Plaza madrileña, que, hasta ahora, por la Empresa que tenemos, no alternábamos con los ruedos de primera categoría y la suerte de los mismos.

Los que habíamos visto a Manolete torrear en Barcelona, en Bilbao, en Valencia, en cualquier parte, sabíamos que un día le saldría el toro en Madrid y la capital se le inclinaría. Y así ha sido. Tan rotundo, tan total, que no se hablaba de otra cosa. El fino sentido periodístico ha traído a la primera plana de los diarios—“Arriba” le ha colocado en el cuadro de honor de su cabecera—esta figura tranquila e impenable, que pisa el ruedo como si llevase sobre sus espaldas cuarenta generaciones de toreros. Este Manolete, al que se rinden propios y extraños, y que en su arte llega a cimas incalculables. Es hermoso coronar con la juventud el triunfo. Y coronarlo con el riesgo y el peligro, con el heroísmo de la muerte, escurrida entre cascadas de arte y alegría.

No se podría retratar esa faena, farga y completa, con que se sujetó a los espectadores en la Plaza mucho después de que las mulillas se llevasen al toro portugués. Porque si los naturales fueron un prodigio de temple y suavidad, si aquellos pases despectivos en que sólo la mano giraba, adivinando la mirada lejana el camino que seguía la fiera; si la estocada fué la feliz coronación y el remate viril del riesgo, había tanto dominio en su gesto, tanta seguridad en su paso y en su decisión, que nadie dudaba. De antemano se presumía. ¿No es más difícil, pues, emocionarnos, si ya sabemos lo que vamos a ver? ¿No es más escandalosamente sensacional lo que ya está anunciado y luego supera lo previsto? No nos sería posible hilvanar muchas líneas sin caer en el ditirambo, en el pleonismo y en tantas figuras ligeras o fuertemente reprobables. Pero es que la ocasión taurina se presta. Nunca con mayor gozo, para un escritor aficionado, que en esta en que se proclama la supremacía del toro, se exalta el nuevo estilo y se pone por encima del bien y del mal, del arte y la prosa, a esta figura de nuestra generación. A Manuel Rodríguez, Manolete, luz propia del plano de la fiesta. Y vértice de actualidad, ya que Madrid entero, tras su fabulosa faena, no hablaba de otra cosa, no hablaba de otra cosa...

LECHUCERIA TAURINA

Por JOSE CARLOS DE LUNA



MUY interesantes fueron siempre los contratos entre toreros y empresarios, y decimos interesantes y no curiosos, porque el interés despierto allega enseñanzas, mientras la curiosidad despabilada apenas satisface el caprichoso comineo.

Porque el contrato tiende a avenir intereses contrapuestos o por lo menos a equilibrar las normas del toma y daca; suelen ser tanto más minuciosos y cansinos cuanto más ligan y obligan a las partes, celosas de sus derechos y recelosas de sus obligaciones. Estas, entre toreros y empresarios, recorrieron todos los recovecos del lechucero, con sus reservas, llaves y conquisas, apuntando cada uno su deber como el que enseña un grillo. Y si antaño el grillo que menos aforaba los bigotes del hueco de la mano a medio cerrar era el del empresario, hoy se cambiaron las tornas, y es el

diestro el que ni siquiera lo saca de la jaquilla, donde, real o cebollero, roe a gusto su tomate, cantando cuando y como le viene en gana.

En los actuales contratos—impresos para su mayor oscuridad—se nivelan los Fulanzos con los Fulanillos, sin concesiones a la opinión pública, que juego se manifiesta con “inconcebible” buen sentido, tascando imposiciones y gargarizando camelos.

Sin embargo, la más interesante cualidad de estos contratos es la unilateralidad, absurdo jurídico sólo posible cuando se ofrece el guiso mejor o peor condimentado con la coletilla de “éstas son lentejas...” El empresario y el torero se garantizan sus ganancias, sin que en nada intervenga el público que las proporciona. Se dirá: ¿Cómo va a intervenir el público?... ¡Un ente o cosa tan impersonal!

¡Velay!, digo yo. Impersonal es el Estado, la Provincia y el Municipio, y tienen sus abogados a sueldo para que les represente y defienda o acuse en sus pleitos con particulares.

Añadirán que ya vea un reglamento por los derechos del público. Pero es triste que no corrija, sino que castigue a posteriori la falta endémica.

El cincuenta por ciento de los picadores practica concienzudamente el menester de despanzurrar al miserable torero que cae bajo su barrena—naturalmente, es imbécil hablar de garrocha que pica—. El público se queda a la salida del primer tercio sin uno de los elementos integrantes de la fiesta, el toro, y el barrenador sale del paso con una amonestación o una multilla, que paga gustosa y protocolariamente su matador, encantado de entenderse con un boniato en almibar, al que quita las moscas con ademanes estatuarios ante una muchedumbre sufrida, inconsciente y tonta—cal, arena y cemento del hormigón popular.

Al ganadero, que cobra 12.000 duros por 1.200 ó 1.400 kilos de carne en canal, ¿qué puede importarle una multa de mil o dos mil pesetillas porque tal o tales utrerillos corridos a cuatrefeños no alcanzaron el mezuquino peso tope?

A contrato sobrio, reglamento largo, y recíprocamente, a la antigua usanza, cuando todo detalle y minucia parecían poco para bienestar y contento de aquellos, a los que luego se les exigiría tanto y con tanta violencia, sin textos ni monsergas en los que amparar cobardías, claudicaciones o vivezas.

Así contestaba Gabriel de Mora, el célebre hostelero segoviano, nada menos que a la comisión de la Villa que contrataba las cuadrillas de Romero y Antonio de los Santos:

“Señores: Habiéndome mandado por el señor don Juan Marinas que vieses el arreglo que podía hacer con el gasto de los toreros en daries de comer, beber, asistimiento y camas, es el siguiente:

Primeramente, chocolate para doce, una libra con dos libretas.

Una patorra para almorzar, con su pan y vino.

A mediodía, dos libras de vaca, media de carnero, una gallina, media docena de chorizos, ocho pollitos (cuatro asados y cuatro en pepitoria), una fuente de pellas o natillas, ocho libras de ternera con una libra de manteca para asar, doce libretas de pan, vi no bueno, fruta del día y tres libras de azúcar blanca.

Por la noche, un buen guisado, su ensalada, vino y pan con fruta para postre.

Sus doce camas buenas, con sus posesiones, luces y asistencia.

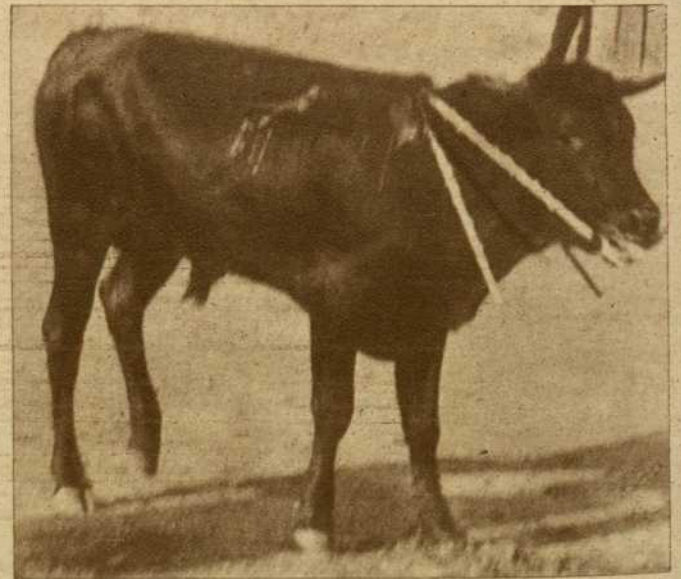
No excediendo de esto, el gasto lo arreglo por 28 reales cada uno. Me parece que está muy bien arreglado.

Los reales de antaño son duros de hogafío.

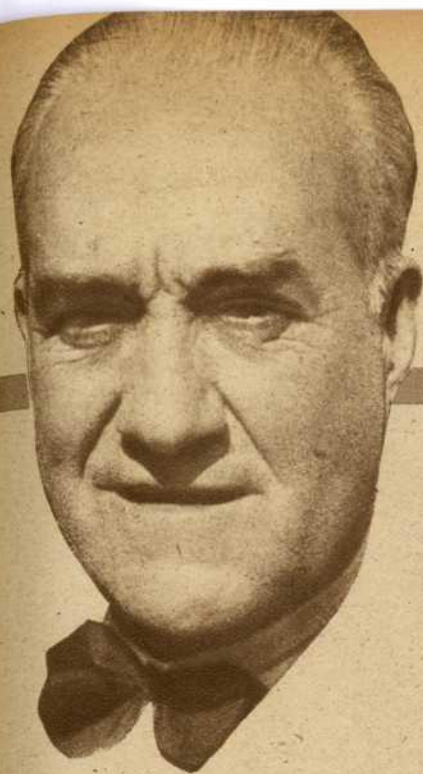
Si Pedro Romero o Antonio de los Santos cobraban alrededor de 3.000 reales por corrida de doce toros, ¿qué menos cobrarían hoy que 3.000 duros?

Claro que algo podría regateárselos, haciéndoles ver que ahora no se trata de matar seis reses, sino dos, y que aquellos toros de siete años y barba pajunas, con las intenciones de un cabo de vara tomado de copas, se tocaban en utrerillos con la hierba corrida y doscientos kilos en canal.

El señor Pedro Romero y el señor Antonio de los Santos, justos y formales, sabrían hacerse cargo y rebajar sus emolumentos..., si es que no nos volvían la espalda con despectivo enojo, por la burla que entrañaba la propuesta.



DEL "PAPA NEGRO" A DON MANUEL MEJIAS



GRATA cosa charlar del tiempo pasado con ese caballero afable y cortés que se llama don Manuel Mejias! Aunque al presente tenga más graves preocupaciones que recordar el pasado —tres cachorros sorteando el peligro—, no lo reserva para sus meditaciones solitarias y le place revivir las inquietudes pretéritas.

—Mi padre—comenta el viejo torero— primero fué banderillero suelto. Luego se hizo matador de novillos, mereciendo, por la finura de su estilo, generales alabanzas. Dos graves cornadas le quitaron el sitio, y

de nuevo volvió a las banderillas y al capote de brega. Hizo muchas campañas a las órdenes de figuras tan destacadas como *el Gordo*, Manuel Domínguez, *Desperdicios*, *Cuatrodedos* y el mejicano Ponciano Díaz.

Frisaba los cincuenta y tantos cuando se retiró a la vida campestre, al pueblo origen de nuestro apodo, y allí nació un 12 de febrero de 1884. De nuevo volvió mi padre a cruzar el Océano—atendiendo ruegos de Ponciano—para actuar en varias corridas en el Brasil, coyuntura que aproveché para enrolarme con mis buenos nueve años en una cuadrilla infantil contratada para trabajar en Lisboa.

Ya en la primera corrida, el público rechazó a mis compañeros, y, en cambio, me dispensó una gran acogida, por lo que toreé veinticinco seguidas, a razón de mil pesetas, que indefectiblemente pasaban íntegras cada tarde al bolsillo del avisado promotor de la expedición.

Mi regreso a Sevilla, plétórico de aplausos, pero ayuno de dineros, coincidió con el retorno de mi progenitor, proporcionándome una azotaina al enterarse de lo ocurrido, y en vano fué que recorriera Sevilla entera en busca de mi mentor taurino, con las intenciones que son de suponer, pues al tal sujeto se lo tragó la tierra.

—¿Fué casualidad o idea deliberada el que tanto usted como el malogrado Manolo fueran a Zaragoza a celebrar sus alternativas?

—En casa fuimos siempre muy devotos de la Virgen del Pilar; mi padre siempre llevaba en sus viajes una pequeña imagen, a la que se encomendaba antes de salir para la Plaza. Viejo y achacoso, no pudo acompañarme a Zaragoza, allí donde tanto interés puso para que fuera en su Plaza el lugar de mi alternativa.

Dos mandatos me hizo al despedirme: uno, que depositara mil pesetas al pie del camarín de la Virgen antes de empezar la corrida; el otro fué que al concluir aquella gastara otras tantas en un juego de azar, para que propicia o adversa que fuera mi fortuna no volviera a pisar una casa de juego.

Una vez en la Ciudad de los Sitios cumplí al pie de la letra los encargos. Finalizada la corrida, en la que *el Algabeño* me cedió el primer toro, puse a una carta la misma cantidad que con anterioridad había entregado en la santa ca-

pilla; gané, repartí su importe entre mi cuadrilla y nunca más volví a una sala de juegos.

Mi pobre Manolo quiso en todo imitarme el día de su alternativa; hizo su óbolo a la Madre de Dios, y por primera y última vez probó a la suerte, sin éxito, por cierto.

—¿Recuerda su mejor tarde y su peor momento en los ruedos?

—Ambos coincidieron en una misma corrida. Fué en Bogotá; al llegar, constituí cuadrilla con un banderillero español, otro peruano, un venezolano y el cuarto del Ecuador. Los vestí de arriba abajo, los alojé en la misma fonda donde yo paraba y los ajusté a cincuenta dólares corrida. Antes de que se fijaran los carteles de la segunda, se negaron a actuar si no les duplicaba la paga. Me negué, y, lejos de amilanarme, anuncié que actuaría de peón, banderillero, matador y de puntillero si hacía falta. La Plaza registró un lleno, y lo primero que divisé fué en un palco a los cuatro huelguistas refocilándose por adelantado de mi indudable fracaso.

Creo que ningún otro torero habrá hecho un más singular despeje que el que hice yo aquella tarde, sobre una carretela para disimular mi soledad. Éché pie a tierra, saludé al presidente y aguardé a que me soltaran el primero de los cuatro toros encerrados. Y así, hasta que acabó la corrida. Cuando llegué a la fonda, me estaban esperando contritos y arrepentidos los cuatro subalternos.

El veterano lidiador hace una pausa, que aprovecho para preguntarle:

—¿Qué diferencias esenciales halla entre los estilos de su época y los de ahora?

—Son dos periodos completamente distintos. Hoy, los ganaderos procuran y rivalizan en que sus productos provengan de sementales bravos y nobles. Antes, los toros se caracterizaban por sus dificultades para la lidia, si

bien es verdad que

aparecer un «marrajo» en el ruedo y comenzar la gente a pedir que lo quitásemos de en medio de cualquier manera era todo uno. En cuanto a la forma de torear, es evidente que ha evolucionado a mejor. Hoy los toreros son estatuas y llevan toreadas a las reses como nosotros no llegamos a imaginar.

—¿Qué hace usted, don Manuel, las tardes en que los chicos torear?

—¿Qué quiere que haga sino sufrir por todos los poros de mi cuerpo? Si la corrida es en Madrid, procuro semioculto presenciarla. Cuando es en provincias, en vano intento distraerme, siempre al acecho del teléfono. Salgo al jardín y doy de comer a «mis gorriones»; cuido unas plantas, y miro sin ver cómo declina la tarde inacabable...

F. MENDO

A la izquierda: Bienvenida con sus dos hijos, Manolo y Pepe, en su época de becerristas en América.—A la derecha: Manuel Mejias Bienvenida cuando era el "Papa Negro"



ROSARIO ROJAS, esposa de GITANILLO DE TRIANA,

es chamberilera

Vió torear a su marido cuando no le había sido presentado

Pastora Imperio no sabe ser suegra



AUNQUE Rosario Rojas Monje tiene tres hijos y es muy mujer de su casa, yo me resisto a llamar doña Rosario a la esposa de *Gitanillo de Triana*. Rosario ha cumplido no hace mucho los veinticuatro años y ha heredado de su madre—ese monumento viviente de gracia andaluza que se llama Pastora Imperio—la simpatía arrolladora y natural, el gesto alegre y la sonrisa amable.

Pastora Imperio, que supo lo que eran los aplausos encendidos de las multitudes, que fué admirada como mujer y como artista, sabe y proclama que Rosario hubiera sido, de haberlo intentado, más admirada que lo fué ella, a pesar de que no tie-

ne los ojos verdes. Los ojos de Pastora son famosos en todo el mundo; los de Rosario—negros como la pena—son, según Pastora, mucho más hermosos que los suyos.

Rosario Rojas, esposa de Rafael Vega de los Reyes, porque Dios lo quiso y así tenía que ser, tiene tres hijos que son tres tesoros. Curro—se llama así en recuerdo de aquel Curro Puya que fué torero—tiene siete años y se parece a su padre; Carmen, con sus cuatro primaveras, tiene ya la gracia y la belleza maternales reflejadas en la carita morena, y Pastora, un personaje de dos años gracioso y todo nervio, se parece... ¿A quién se va a parecer una nieta de Pastora que lleva su nombre?

Dieciséis años tenía Rosario Rojas cuando conoció a Rafael Vega de los Reyes. El había cumplido veinte y ya era matador de toros. A los seis meses de conocerse, se casaron. Cagancho y su esposa fueron los padrinos del enlace, celebrado en la iglesia de San Martín, de Sevilla. Porque se casaron en la parroquia del barrio de la Correduría, a pesar de que Rosario es madrileña, nacida en la calle de Zurbano y bautizada en la parroquia de Chamberí.

Cuando Rosario casó había visto torear una vez a Rafael en Madrid. Alternaba *Gitanillo* con Pericás y Ballesteros. Entonces no le conocía más que de vista; pero recuerda que en el segundo toro estuvo colosal. Luego ya no le ha vuelto a ver en el ruedo, ni le verá. A los demás toreros, sí. Rosario asiste a cuantas corridas puede, porque la fiesta nacional le parece el más grande, luminoso y emocionante de los espectáculos existentes.

En el saloncito en que charlamos hay un hermoso cuadro con una Virgen morena, muy morena, que tiene en el regazo al Niño Dios y está rodeada de ángeles que parecen chicuelos andaluces. Y retratos de Pastora Imperio, de Rosario, de Curro Puya y de Rafael Vega de los Reyes. En un rinconcito, una fotografía—magnífica fotografía—de la Macarena en su carroza. A la Macarena y a Jesús del Gran Poder reza Rosario los días que torea su marido.

Por la mañana—muy temprano—va la esposa del torero a misa. Si Rafael torea fuera de Madrid, el sufrimiento de esta mujer es grande, pero hasta cierto punto soportable. No así cuando actúa en la capital de España. Se vive entonces minuto a minuto en angustia creciente, porque la preocupación no abandona a los familiares del torero, que presencian todos los preparativos. A Rosario Rojas no le interesa nunca saber, cuando tiene noticias de que la corrida ha terminado, si su marido cortó oreja o estuvo bien o no. Lo único que pregunta es si fué cogido. Después, ya tranquilizado el espíritu, pregunta a Rafael cómo fueron los toros que le tocaron en suerte, qué hizo y cómo lo hizo. A continuación quiere conocer lo que ocurrió con todo detalle, que para algo es una buena aficionada que sabe distinguir entre el oro de ley y la chatarra, que de todo hay en el toreo.

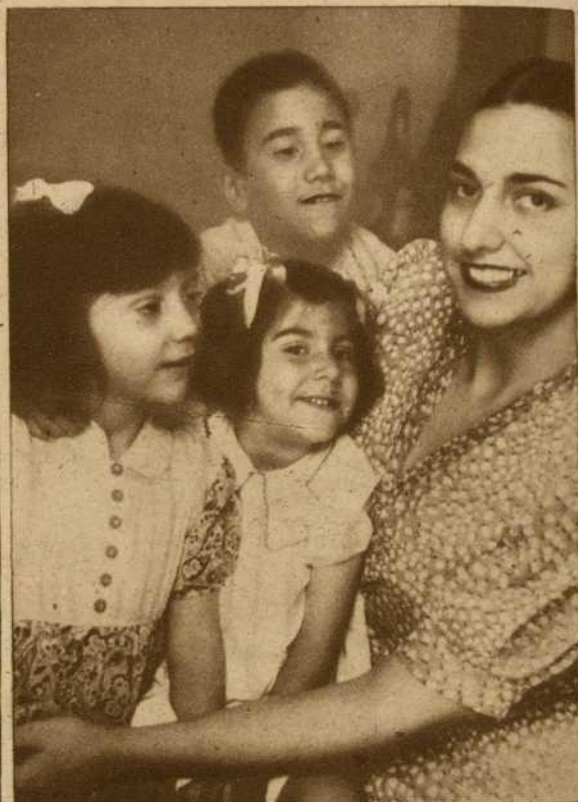
Preguntamos a Rosario qué tal suegra hace Pastora Imperio, y la primera respuesta es una carcajada.

Después nos dice que Pastora no sabe ser suegra. Es para *Gitanillo*, como para ella, la madre más buena del mundo. Y para los nietos es la abuela ideal, que no encuentra defectos en los chiquillos, que quiere con toda la fuerza de su corazón y para la que todo capricho de los pequeños es una orden que hay que cumplir a rajatabla, cueste lo que cueste.

De la calle llega Rafael con su sobrino, el novillero *Gitanillo Chico*. Queremos despedirnos, pero es fuerza aceptar un chato de vino andaluz que Rafael Vega de los Reyes nos ofrece, y que esta mujer, a la que no queremos llamar doña Rosario, nos sirve amablemente.

Por ustedes, por Pastora Imperio y por los tres chiquillos levanto la caña de Jerez. Alguna vez me tenía que tocar brindar a mí.

BARICO



Rosario Rojas Monje con sus tres hijos, "¡tres tesoros, señor!", nietos de Pastora Imperio



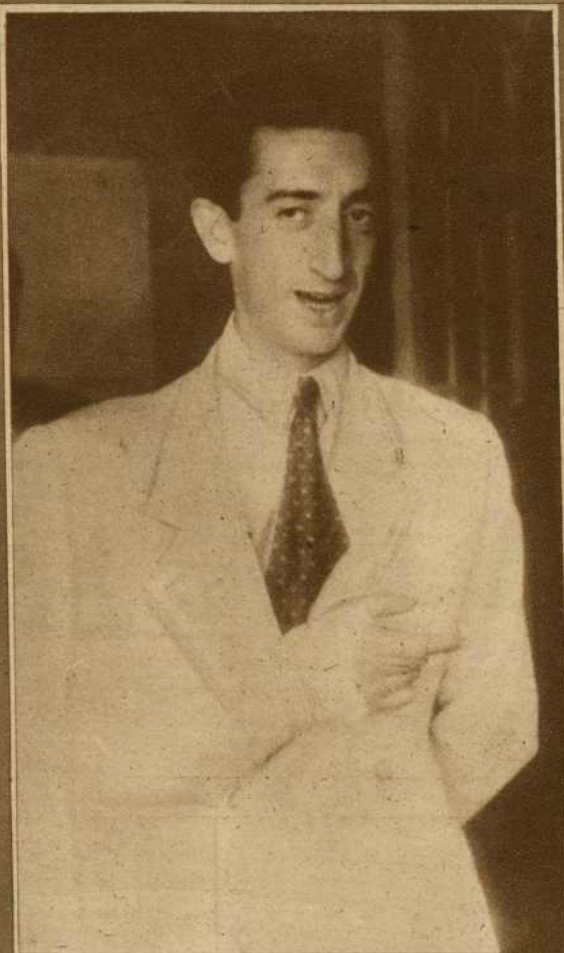
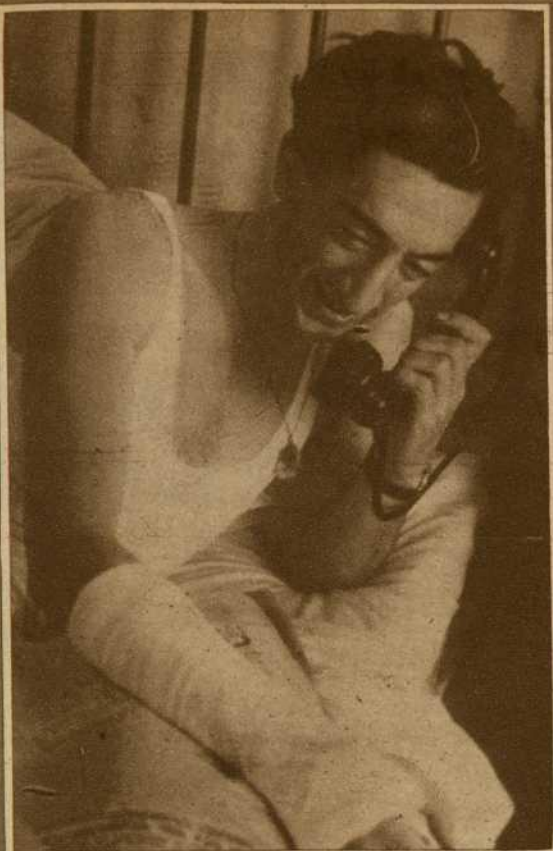
La esposa de Rafael Vega de los Reyes contempla uno de los capotes de paseo de su marido, hermano del malogrado Curro Puya



Perfil españolísimo el de la mujer de *Gitanillo de Triana*. No tiene los ojos verdes, como su madre; pero, según ésta, mucho más hermosos que los suyos

MANOLETE, el domingo, en Madrid

El popular diestro cordobés llegó a las cinco de la mañana, desde Pamplona, después del accidente de automóvil sufrido en Bultrago



Recogemos en esta página siete momentos del día de Manolete, el domingo.—A la izquierda y de arriba abajo: La primera llamada por teléfono, afeitándose para salir a la calle. Otra llamada telefónica, que, por suerte, le coge en el hotel.—En el centro: El diestro cordobés muestra su mano derecha escayolada como tratamiento por el accidente automovilístico sufrido. En charla con Cristóbal Becerra. En la calle, con unos amigos, y por la tarde, en la Plaza Monumental, asiste a la novillada, en la que Gitanillo Chico le brindó la muerte de uno de sus novillos. (Reportaje gráfico de Manzano.)





Los viejos del ruedo

El conserje de la Monumental, MANUEL ALONSO RIVERA, nació en la Plaza antigua y heredó el cargo de su padre

Nunca sintió deseos de ser torero y le parece mucho más interesante ver los toros desde la barrera

EN realidad, este hombre pacífico y tranquilo que es Manuel Alonso Rivera, conserje de la Plaza de Toros madrileña, podrá parecer todo lo que ustedes quieran imaginarse, menos un hombre que alguna vez fué torero. El lo declara patéticamente, fijando en nosotros una mirada que parece como lejana y empujándola a través de sus gruesos cristales de miopía:

—No, señor; nunca me dió por los toros. Y figúrese usted las ocasiones que he tenido para llegar a ser torero. Pero me faltaba lo principal: el interés, la afición, el estímulo. Nada, que me llamaba los toros por ese camino.

—¿Y tampoco tuvo usted nadie en la familia que saliera con ganas de llegar a fenómeno?

—Nadie. Es decir, de mis hermanos—somos cuatro y los cuatro nacimos en la Plaza vieja—sólo uno se decidió en una ocasión a enfrentarse con los toros, y no quedó arrugastado. Fué el debut y la despedida...

—¿Pues qué pasó?

—No pasó nada; sino que tampoco era torero, y, naturalmente, pensó no del todo desafortunado, que lo mejor era dejarlo.

—¿Con quién toreó?

—Con Maroles, un torero muy valiente, sobrino del célebre Fresco.

—¿Y ya no hay más antecedentes en la familia?

—Ninguno, como sea otro intento que hizo también mi hijo, y que también resultó fallido. Como sería, que no ha vuelto a acordarse más de que hay toreros en el mundo, y en vista del "éxito" decidió dedicarse a la carrera de Comercio, donde es seguro que, con sus quince años y la afición que le tiene, llegue a conquistar el puesto que se propocga.

—Amigo Alonso: Al fin y al cabo, su hijo y su hermano han dado pruebas de tener un magnífico sentido de la realidad, retirándose oportunamente de una profesión que no "les iba". ¡Qué pocos toreros habría si todos obraran de la misma manera!

—Así lo creo yo también, habiéndome parecido siempre mucho más interesante, cuando no se puede ser torero, "ver los toros desde la barrera" y seguir trabajando modestamente en lo de uno.

—¿Y qué es lo de usted, además de la conserjería?

—Pues todo esto que usted ve y que voy a tratar de explicarle seguidamente...

En efecto. Nuestro amigo el conserje nos va mostrando todos aquellos objetos de que se halla rodeado, y que él denomina "accesorios de los toros". Son éstos las banderillas, los rejoncillos y las divisas.

—¿Es usted quien hace estas cosas?

—Sí, señor. Esto es como el complemento de mi cargo de conserje. Un trabajo que, como usted ve, sólo tiene aplicación en la fiesta taurina.

—¿Sólo usted puede realizar este trabajo?

—Únicamente yo. Y no solamente lo hago para Madrid, sino que también sirvo los encargos para provincias. Observe usted que, además de las banderillas de tipo corriente, construimos estas otras de lujo, de fuego, así como los rejoncillos, que también los hacemos de lujo, de muerte, etc.

—¿Tiene usted su vivienda aquí, en la Plaza?

—Sí, señor. Hay algunos dependientes de los servicios que tienen que vivir necesariamente aquí. Yo, entre ellos. En el mismo caso se encuentran el jefe de limpieza, el carpintero, el empresario de caballos y algunos otros.

—Y esas fotografías de toreros que decoran estas paredes, ¿son todas de amigos suyos?

—La mayoría. Otras son de faenas colosales realizadas por toreros que, aunque no sean amigos, no por eso dejan de contar con mi admiración. Todos los que ve usted ahí están por algo: porque valen y son grandes dentro de la torería. Uno, aunque no haya servido para torero, al fin y al cabo le tiene afición a las cosas de toros.

—¿Recurren a su influencia los muchachos que sueñan con ser toreros?

—Figúrese usted; muchísimos. Pero ese caso, donde se repite con frecuencia era en la Plaza vieja. Los chicos me acudían para que los recomendara, suponiendo ellos que por mi cargo de conserje yo debía tener una influencia omnímoda con los "matacoras" y con las Empresas; además, me rogaban que los dejase torrear en la Plaza y que les permitiera "colarse" los días de corrida.

—¿Y ahora?

—Las cosas han cambiado mucho, y los aficionados encuentran otros medios, que les facilitan sus aspiraciones. Por lo demás, tampoco ahora depende esto de mí, sino que es la Empresa la que tiene que dar estos permisos.

—¿Recuerda usted haber presenciado algún escándalo gordo en la Plaza?

—Muchos. En una ocasión, en la Plaza vieja, se suspendió la corrida por el mal tiempo, y dió la casualidad que a la hora misma que tenía que haber empazado, salió un sol que daba gloria. El público "trumpió" en la Plaza como una tromba, y en medio de un escándalo inabarcable quiso que se celebrara la corrida, cosa que ya no podía ser. No quiera usted saber. En un tris estuvo que no echaran los toros a la calle. En fin, uno de esos días de los que se guarda el alma.

—De los toreros famosos, ¿con cuál tiene usted mejor amistad?

—Con Marcial Lafuente. Yo era muy amigo de su padre, que, como usted sabe, era mayoral. Marcial nació, como yo, en la Plaza, y por esto me fué fácil seguir su carrera de torero paso a paso. Es de esas amistades que no pueden romper ni la distancia ni el tiempo. Por lo mismo...



El conserje de la Plaza charla con un picador antes de empezar la corrida de la tarde



El despacho de Manuel Alonso está decorado con fotografías y recuerdos taurinos de todas las épocas (Fotos Manzano.)

JUAN DE ALCARAZ

El porqué de la copla

"La novia de Reverte tiene un pañuelo..."

Por J. LOPEZ NUÑEZ



Reverte

Coplas, palmas, guitarras y oles. Esta fué la vida rápida y brillante de Reverte, que se extinguió como la última nota de otra copla popular. No cayó en la plaza como un valor temerario hacia el mar, sino en su lecho, tranquilo y sano oyendo una canción que llegaba desde lejos y decía:

"La novia de Reverte tiene un pañuelo..."

¿Qué pañuelo aquel con cuatro picadones y él en medio según decía la Musa popular, creadora de tantos mitos, tantas leyendas y tantas historias, y que había hecho del valerosísimo torero un héroe de ese romanticismo latente e inagotable que hay en el alma de la muchedumbre!

Hombre de muchadumbre, Antonio Reverte Gómez debía a ella la máxima popularidad que tuvo en su tiempo a través de competencias ruidosas y apasionantes con los más famosos ídolos de la tauromaquia.

Dotado de un valor temerario, no tardó en adquirir una destacadísima personalidad, consiguiendo de paso una popularidad que no tuvo ninguno de su tiempo.

La muerte le sorprendió en plena gloria, y el torero sucumbió dejando por toda herencia el recuerdo del pañuelo famosísimo, que motivó esta información, más sentimental que trágica, porque la célebre copla a que tanto nos hemos referido en el presente artículo es otra como la de la Dolores, que había de inspirar a Felgué y Codina su drama inmortal.

En todo Aragón cantábase por viejos y mendigos un romance que, oído por el gran autor catalán, le sugirió la obra, que no tardó en llevar a cabo, y fué su revelación en el mundo teatral y literario de entonces: en todo Aragón se cantaba aquel romance, y en toda Andalucía y en toda España se cantaba la copla de "La novia de Reverte", cuyos orígenes hemos querido buscar, porque creemos que no "exist" nada popular que no tenga su causa en algún episodio y algún suceso que le dé actualidad y vida.

Después de nuestras investigaciones, hemos conseguido saber que aquélla copla nació en Alcañal del Río, tierra de Reverte; que allí pasó sus mocedades y de allí salió en busca de la fortuna y la gloria, dejando en aquélla una mujer; mejor dicho, una muchacha primer amor del que no tardaría en olvidar a la que, pensando él en su cariño fugaz, bordaba un pañuelo en el que puso, enamorada y paciente, el retrato del ídolo, cuyo fama le daba a sus oídos y llenaba de lágrimas sus ojos, que empapaba en aquél pañuelo; allí, con el de Reverte, había grabado torpemente los cuatro picadones de la copla que un poeta popular había de componer pensando en el cariño imposible de aquella muchacha que vivía al tanto con la esperanza de que volviese alguna vez a su lado el ausente que vivía en su corazón, que no podía apartar ni separarlo de él.

Muchas veces oía la copla alusiva a sus amores, y, melancólicamente, sonreía con una tristeza que era la reveladora de la desolación de su alma, que un triste día, cuando ya los años habían tejido una corona de amargura en torno de su cabeza, supo que aquél hombre, muchacho siempre para ella, dejaba de existir en Madrid en pleno triunfo, y cuando todos aguardaban días venturosos y felices para él, que era el ídolo de aquellos tiempos.

Guardó su pañuelo humildemente. No volvió a sacarlo. En él quedaban las huellas de muchas lágrimas, que eran las inspiradoras de la copla recogida por el cancionero popular y que ha dado origen a comedias y dramas de autores afamadísimos.

Más modestos nosotros, sólo hemos alcanzado a escribir estas líneas retrospectivas y que tienen la actualidad de las cosas que hace inmortal a la Musa popular, creadora, como dijimos, de tantos mitos, tantas leyendas y tantas historias.

Historia más que leyenda fué la de la novia de Reverte, que tenía un pañuelo al que aludían, entre guitarras y oles, los que cantan todavía aquélla copla que empieza con estas estrofas:

"La novia de Reverte tiene un pañuelo..."

LA NOVILLADA DEL DOMINGO EN SEVILLA

Seis de Guadalest para Luis Miguel Dominguín, Pepín Martín Vázquez y Aguado de Castro



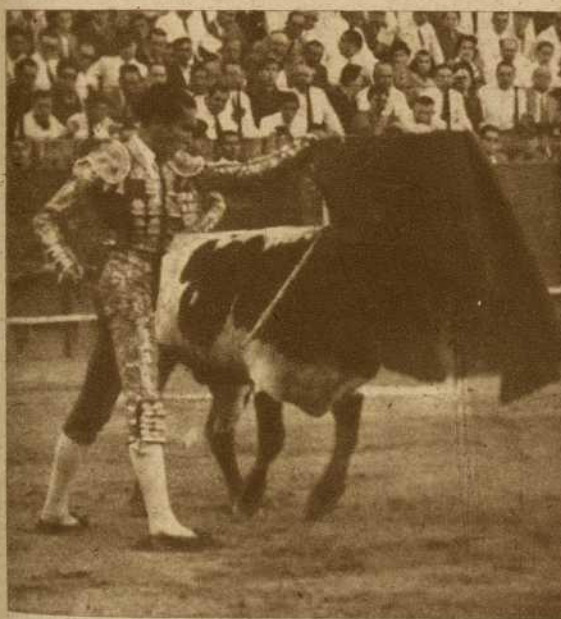
Aguado de Castro toreando a la verónica



Las cuadrillas antes de salir al ruedo



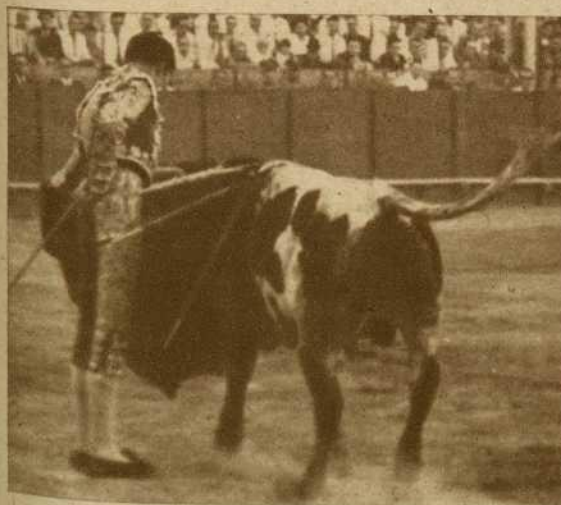
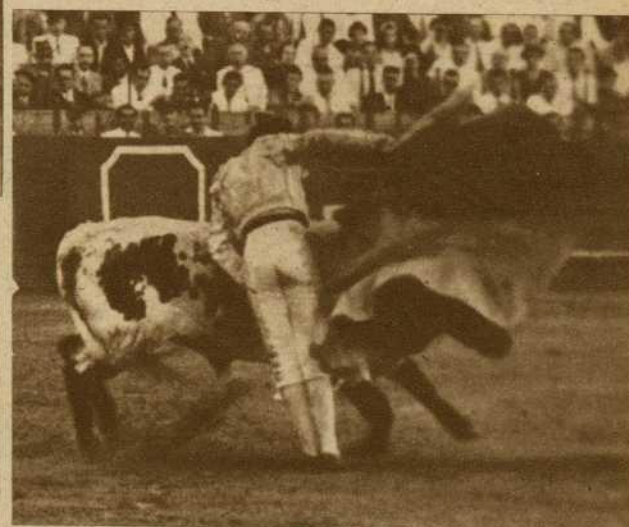
Un lance de Aguado de Castro a su segundo novillo



Luis Miguel, Dominguín, en un pase de pecho



Luis Miguel toreando al natural a su segundo



Un pase natural del pequeño de los Dominguín

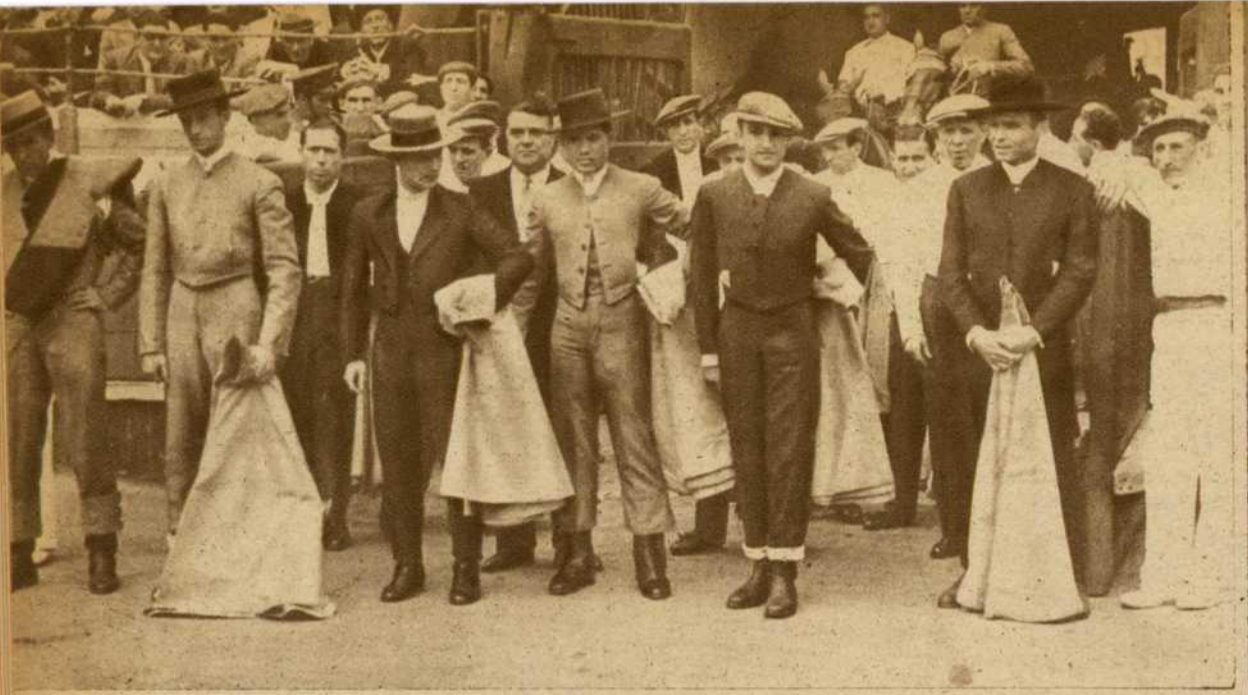


Un lance de Dominguín en la novillada celebrada en Sevilla y que alternó con Aguado de Castro y Pepín Martín Vázquez



Pepín Martín Vázquez foreando de capa y rematando un quite

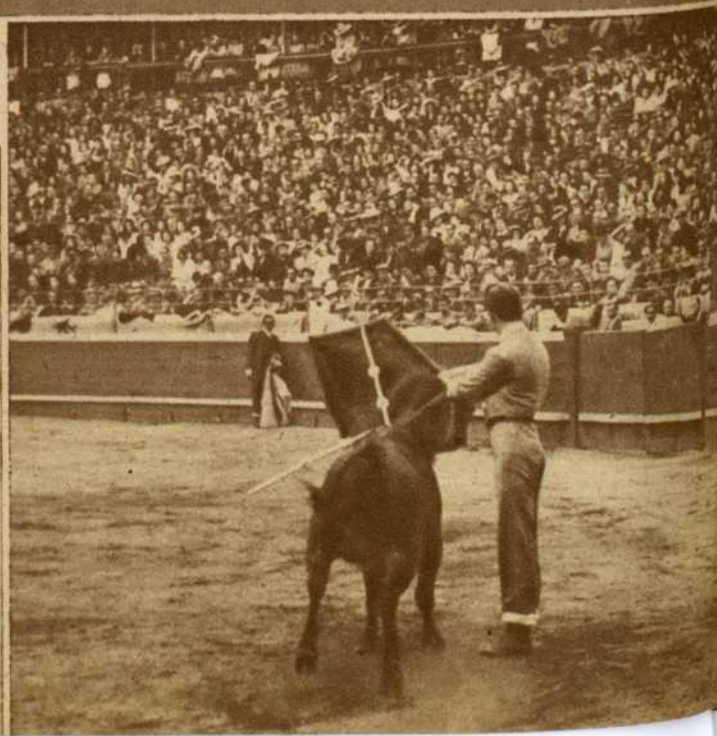
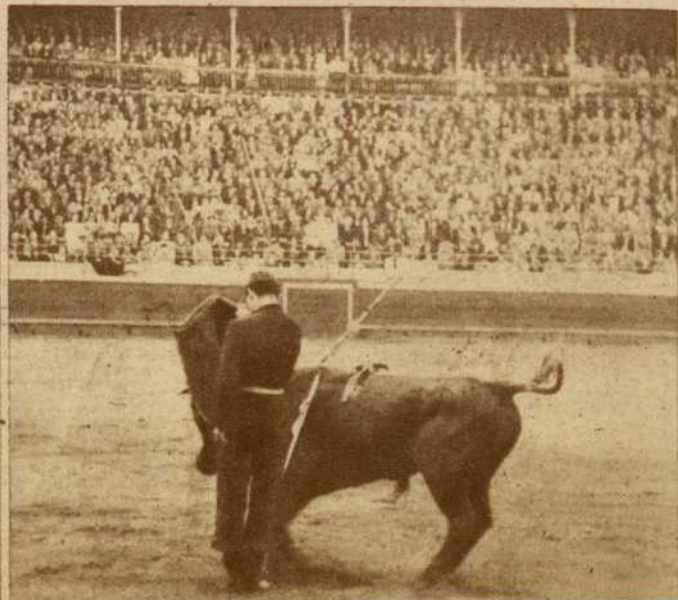
(Fotos Luis Arenas.)

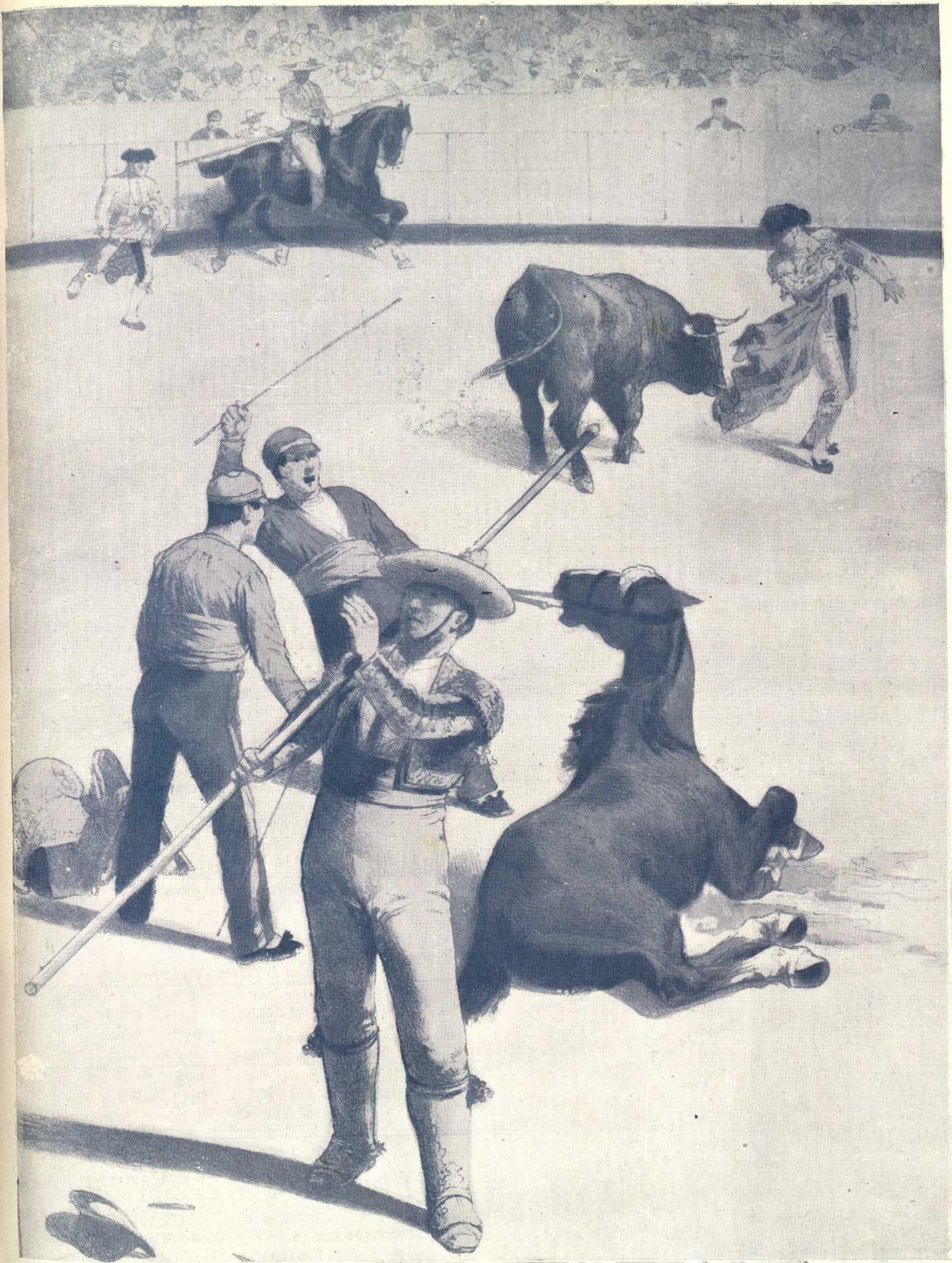


El festival del Club Taurino de Bilbao

ORTEGA, LASERNA, BELMONTE, MANOLETE, ANTONIO BIENVENIDA y ANDALUZ

Con extraordinaria animación se ha celebrado la semana pasada en Bilbao el tradicional festival organizado por el Club Taurino de aquella capital a beneficio de la Casa de Misericordia. En la foto que reproduce la presente página, se recogen varios momentos de la anual becerrada, en la que intervinieron Ortega, Laserna, Belmonte, Manolete, Antonio Bienvenida y Andaluz, que escucharon muchos aplausos por su excelente actuación. (Fotos Elorza.)





Después de una buena vara
(Dibujo de Perea.)

Las Grandes Figuras



Luis Gómez
EL ESTUDIANTE
dice:

*La experiencia me aconseja
juntar al arte y valor
dos copas de «Fundador»...
¡¡y no me falla una oreja!!*
Luis Gómez Calleja
«El Estudiante»

«La experiencia me aconseja
juntar al arte y valor
dos copas de «Fundador»...
¡¡y no me falla una oreja!!

Luis Gómez Calleja
«El Estudiante»

PARA CALIDAD

DOMECO